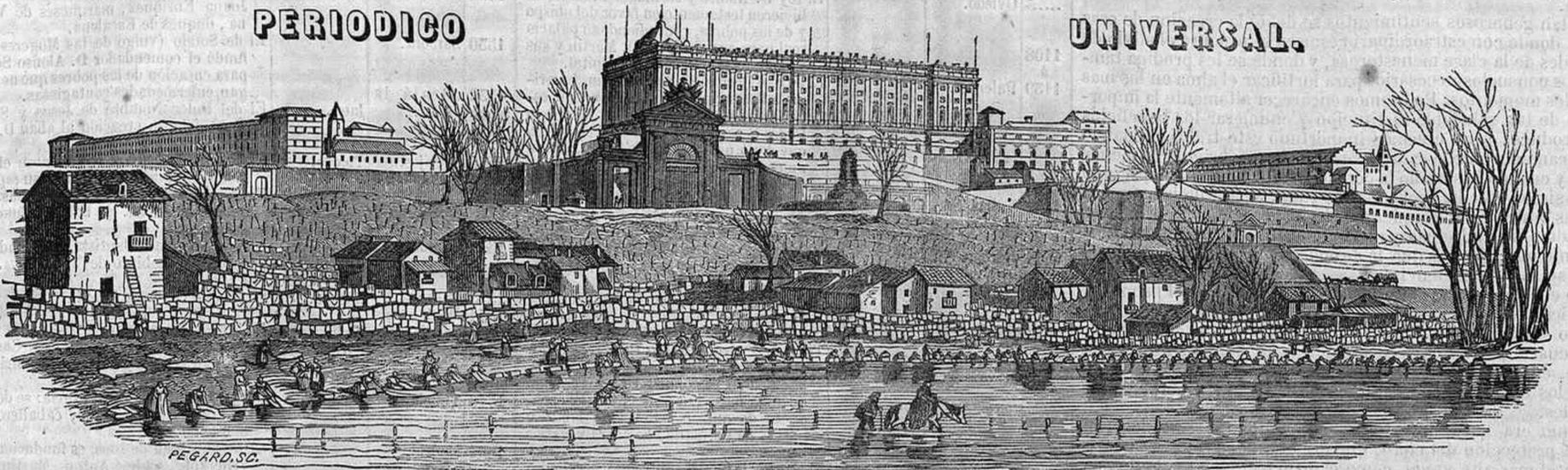


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 21.—SÁBADO 22 DE MAYO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

ESPOSICION DE LONDRES.

PRUSIA.—HESE.—FRANCFORT SOBRE EL MEIN, ETC.

En nuestros anteriores artículos hemos hablado de los tejidos de todas clases del Zollverein, así como de sus máquinas y otros productos importantísimos de su industria. Hoy vamos a completar esta reseña haciéndonos cargo de diferentes objetos que han llamado mucho la atención en el Palacio de Cristal.

Nada diremos de la famosa Amazona, cuyo dibujo se debe a M. Kiss y la ejecución al célebre fundidor Geiss, de Berlín: la celebridad de esta estatua es europea, y la suma en que la han comprado los Estados-Unidos hace completamente su elogio.

También ha ejecutado M. Geiss las dos estatuas de mujeres, de zinc, los dos ciervos de bronce y el hermoso grupo del niño y el cisne, con arreglo al magnífico modelo de Schwanthaler.

M. Fiebel, de Berlín, envió un perro de bronce: se ha hecho asimismo notable, y es digno de mención un gran baño de mármol, de la mencionada capital.

El bellísimo vaso de plata oxidada de M. Wagner, es uno de los objetos que honran particularmente al arte prusiano: las figuras alegóricas que lo adornan son unas verdaderas obras maestras, y revelan los profundos conocimientos de su autor.

En el salón de bellas artes, las flores pintadas sobre porcelana, remitidas de Berlín, dividieron con las porcelanas de Sajonia la atención del público. Los grandes vasos de la fábrica Real ostentan mayor riqueza y brillo, pero menos gusto y elegancia que las piezas pequeñas.

Las estatuas de cartón-piedra de M. Gropins, imitan perfectamente al bronce dorado; pero es preciso convenir en que hay más industria que arte en estos productos, los cuales nunca llegarán a perfeccionarse de modo que puedan competir con los verdaderos que les sirven de modelos.

La Inocencia con un cordero en los brazos, hace honor a M. Wolff, de Berlín.

El niño de mármol, de M. Drake, es una obra de muchísimo mérito.

Debemos mencionar un pequeño modelo del obelisco de Luxor, dorado por medio del electro-galvanismo, por un artista prusiano, así como un lindísimo escritorio para señora, construido de ébano, por Dusseldorf.

Si la Prusia ha conquistado en el Palacio de Cristal un puesto de primer orden entre las naciones manufactureras, se ve desde luego que tampoco ha despreciado nada de cuanto podía asegurarse su gloria artística. Ha salido pues con honra del gran concurso de las naciones, y su industria, particularmente la que se refiere a sus paños y telas de lino, han logrado un éxito legítimo, así como sus obras artísticas han obtenido para sus escultores merecida nombradía.

Réstanos indicar algunos productos aislados de diversos estados de Ale-

mania, los cuales han espuesto muy poco para que podamos dedicar a cada uno de ellos un artículo especial.

El gran ducado de Hesse remitió minerales curiosos, azul de cobalto, cigarros, naipes, y una bellísima copa de marfil, en la cual ha sabido representar con perfección M. Heyl, de Darmstad, un combate antiguo. Las alhajas de dicho ducado que se han visto en la Exposición, nada tienen de particular, pero sus hilos de lino son de una calidad inmejorable.

Francofurt sobre el Mein espuso vasija de barro de mucho mérito, tanto por su hermosura como por su duración.

Un artista desconocido del Zollverein ha representado en relieve el castillo-palacio de Roseneau, donde nació el príncipe Alberto. En él figura, dispuesta con admirable talento, una fiesta campestre, en la cual se entregan alegremente los aldeanos a su pasión favorita, el baile, mientras otros comen y beben sobre la yerba de las inmediaciones del castillo.

MM. Geissmer y compañía, de Wiesbaden, espusieron muy buenas esculturas de marfil.

Entre los instrumentos de música de la Alemania, se admira un órgano de Schwartzburg-Rudolphstadt, que a pesar de su pequeño volumen, posee una fuerza de sonidos tan extraordinaria como sorprendente.

Tampoco merece quedar relegado en el olvido un hermosísimo escritorio gótico de Sajonia Coburgo. Su autor ha echado el resto, como suele decirse, en las preciosas combinaciones de maderas de este mueble, y puede asegurarse que ha conseguido presentar un objeto acabado, y digno de figurar en el despacho particular de un monarca.

Las ciudades ó estados de la Alemania del Norte, las únicas cuya exposición es digna de algún recuerdo, son Hannover y Hamburgo. Sus productos ocupaban en el Palacio de Cristal una sala y una galería; en estas piezas se veían varias clases de calzado, cueros, tinta, algunos bordados en sus cuadros correspondientes, pianos, mesas de escritorio y otros objetos de ebanistería con incrustaciones muy elegantes. La mayor

parte de estos artículos se deben a la ciudad de Hamburgo.

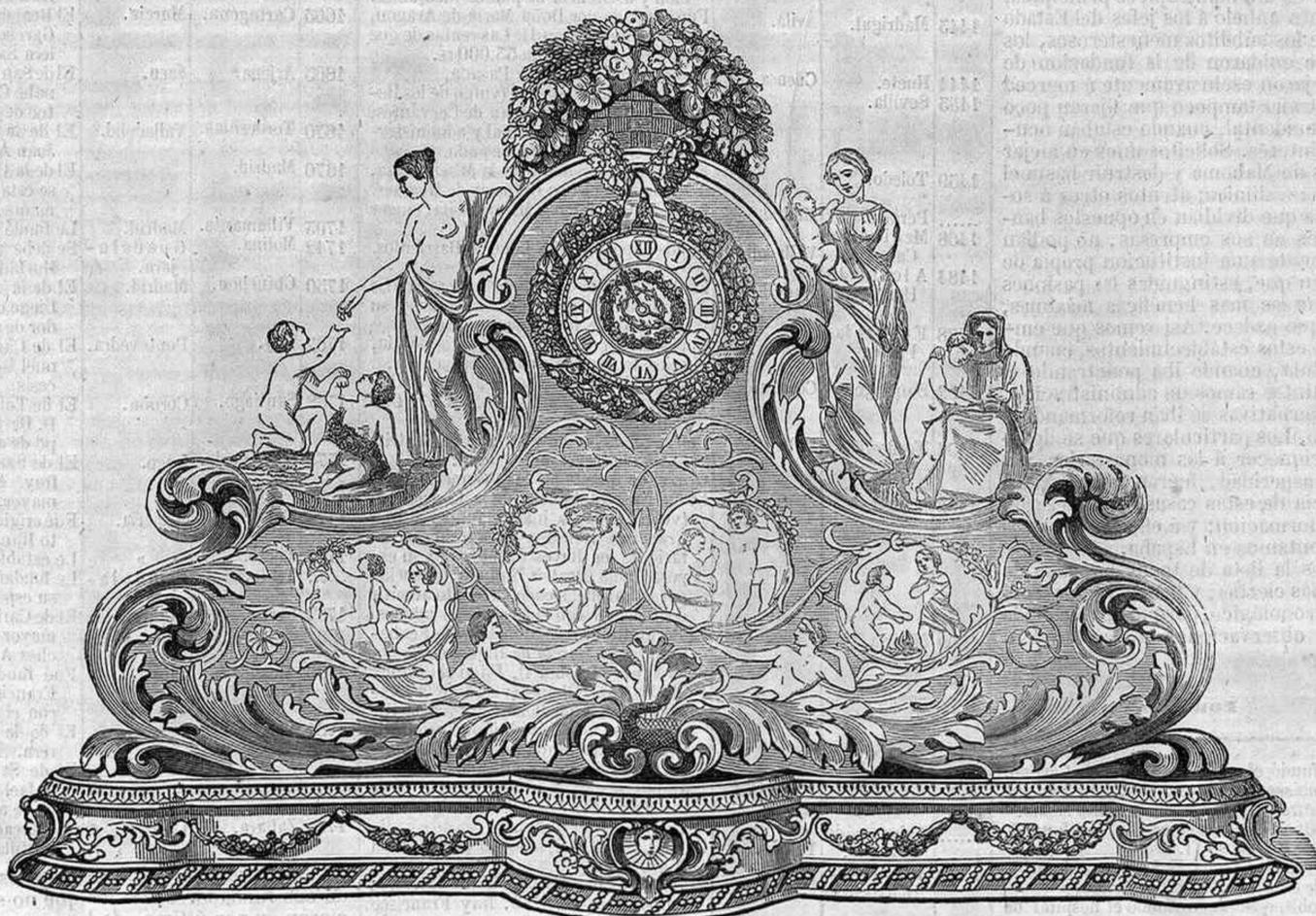
Los chales de muselina de lana espuestos por esta misma capital son sumamente medianos, lo mismo que sus manteles de lana estampada y sus sedas. Otro tanto debemos decir de sus carruajes, de sus copas de plata, de sus relojes y de sus candelabros.

La sala y galería mencionadas son las menos interesantes de toda la división de la Alemania, lo cual al fin es un triunfo para el Zollverein, supuesto que a él no pertenecen ni Hannover ni Hamburgo.

Noticia histórica de los hospitales de España.

Hay una virtud evangélica, que así se alberga en el corazón del humillado paria como en el del altivo europeo; que del mismo modo se practica en las heladas regiones de la Siberia, que bajo el sol abrasador del Africa, y que vemos igualmente representada en el salvaje que mata a su anciano padre para librarle de las penalidades de la vida, y en la religiosa, velando con solícito afán al pie del lecho del dolor. Esta virtud sublime, que nos encanta y admira, no es otra que la caridad. Si no conociéramos los preceptos de la verdadera religión, si no tuviéramos noticia de la existencia de Dios, no podríamos menos de sentir, al contemplarla, la extraordinaria impresión que experimentó aquel gran filósofo cuando vió comoverse el cielo y sintió temblar la tierra bajo sus pies a la muerte del Redentor; y confesaríamos desde luego que había un Ser supremo que regia los destinos del orbe. ¿Qué otro que el Omnipotente puede inspirar un sentimiento que influya en todos los corazones y cuyo dominio sea imperecedero? ¿Quién sino un Dios de bondad puede hacer que se arraigue esa virtud, de manera que se practique por todas las clases y en todos los tiempos? Desde el magnate que se halla rodeado de la mayor

opulencia, hasta el miserable que tiene que implorar la pública misericordia para atender a su sustento, pueden ejercitar esta virtud. Ni sexo, ni edad, ni condición pueden servir de excusa para rechazarla, porque todos la sienten igualmente en el fondo de su corazón; porque es una cualidad innata en el hombre, una especie de instinto, de que vemos una prueba palpable en el niño, que, apenas tiene voluntad, alarga su tierna mano para remediar el infortunio de un semejante que padece. Los que niegan la existencia de otra vida, y suponen que el espíritu, esa vivificación de la materia, queda también reducida a una masa inerte que hace desaparecer el tiempo, hallarán en ella un fuerte argumento contra sus convicciones. Solo la esperanza de un premio divino, solo una recompensa más elevada, más sublime que las que lisonjean la vanidad humana, pueden producir esos ejemplos de abnegación que diariamente nos admiran. Nada hay en la tierra capaz de impulsar al que se halla halagado por todos los favores de la fortuna, para que renuncie el espíritu de pro-



Reloj de MM. Howell.

pia conservacion y se lance impávido en medio de los horrores de un contagio, por atender á otro ser que sufre. Ese movimiento no puede producirse sino por una inspiracion divina.

A tan generosos sentimientos se debió la creacion de esas casas, donde con extraordinario esmero se procura el alivio de los males de la clase menesterosa, y donde se les prodiga tambien los consuelos necesarios para fortificar el alma en los mas terribles momentos. Podriamos encarecer altamente la importancia de tan saludable institucion y enumerar los beneficios que produce; pero creemos inoportuno este trabajo, cuando prácticamente puede convencerse el que abrigue la menor duda, y cuando basta solo la consideracion de que el trascurso de los siglos, que ha hecho decaer y aun borrar de la memoria los mas útiles establecimientos, le ha respetado, y cada vez le ha ido afirmando mas y dando mas ensanche á tan sublime pensamiento, al paso que le proporciona los medios de asegurar su futura existencia.

No es fácil señalar el tiempo en que tuvo lugar el primitivo establecimiento de los hospitales: solo podemos decir que cuando el clero tuvo ya rentas fijas, se empezaron á formar de la cuarta parte que se destinaba á los pobres. Posteriormente, cuando esta retribucion no se pagaba con tanta exactitud, los hospitales se sostuvieron solo por la liberalidad de los fieles.

Como era natural, estos establecimientos se colocaron bajo la proteccion del clero, que era el que ejercitaba la caridad en el mas alto grado, como el principal encargado de demostrar la excelencia de las verdades de la religion con los ejemplos prácticos. Unos se fundaron con la exencion de los ordinarios, y otros á título de beneficio eclesiástico; y de aquí proviene que los cánones y canonistas hablan tanto de los hospitales, haciendo distinciones, de que no nos ocupamos, porque son ajenas á nuestro objeto.

Tampoco podemos asegurar cuándo se empezaron á plantear en España. No encontramos mención de ellos en las leyes godas; pero si entonces no se procuraba la asistencia colectiva de los enfermos, no se descuidaria la de los menesterosos, en un pueblo que tenia tan presentes los deberes de la hospitalidad, que, segun dice un escritor, se quemaba la casa al que la negaba tres veces (1).

Empezamos á encontrar noticia de estas casas en la época de la reconquista. En su fundacion se siguió la regla general de la separacion de la cuarta parte de bienes destinada á los pobres; porque en la relacion de la visita que el cardenal Reynerio, legado apostólico, hizo al monasterio de Cardena, se dice: «Que la virtud de la hospitalidad está de todo punto olvidada; que no hay cuidado alguno de los enfermos; y los frutos de iglesias parroquiales y de las decanias, que se determinaron para la asistencia de enfermos, se han dado á clérigos seglares y aun legos.» Su proteccion se confió exclusivamente al clero, y se situaban por lo regular á la inmediacion de los monasterios, habiendo además constantemente en ellos un monje á quien se denominaba enfermero.

Mas adelante, cuando los gobiernos conocieron que el cuidado de estos establecimientos afectaba á las naciones, y podia producirles beneficios considerables porque sostenia una de las clases mas productoras, dictaron leyes para garantizarlos, y aumentaron los privilegios que los cánones les concedieron.

No fué España de las últimas que adoptaron estas máximas. El código alfonsino, esa recopilacion legal, tan sabia, que no habia dejado ramo alguno en el olvido, no podia descuidar uno tan importante. En él se previene que los prelados deben haber hospitalidad sobre todos, porque su santa Iglesia estableció que las casas de los prelados fuesen como hospitales; que gocen de los mismos privilegios y franquezas que las iglesias; que no paguen derechos algunos de cartas, privilegios, etc., y que el rey mande hacer hospitales en las ciudades y villas de sus reinos.

A pesar de la proclamacion de tan filantrópicos principios, y aunque se encargaba con tanto anhelo á los jefes del Estado que procuraran el bienestar de los súbditos menesterosos, los sucesores del Rey Sabio no se cuidaron de la fundacion de estos establecimientos, y la dejaron exclusivamente á merced de los particulares. No era extraño tampoco que fijaran poco su atencion en un punto tan incidental, cuando estaban ocupados por negocios de mayor interés. Solicitos unos en alejar del patrio suelo á los sectarios de Mahoma y destruir hasta el último resto de la dominacion musulmica; atentos otros á sosegar las disensiones intestinas que dividian en opuestos bandos á los que debian ayudarles en sus empresas, no podian dedicarse á fomentar debidamente una institucion propia de los tiempos de paz y quietud en que, estinguidas las pasiones y rencillas, que hacen olvidar las mas benéficas máximas, puede atenderse al alivio del que padece. Asi vemos que empezó á atenderse al cuidado de estos establecimientos, cuando se iba adquiriendo mayor calma, cuando iba penetrando el orden y el arreglo en los distintos ramos de administracion, y en fin, cuando las ideas gubernativas se iban reformando y se fijaban en su propio terreno. Los particulares que se dedicaron solo al principio á enriquecer á los monasterios y á procurarles el aumento de prosperidad, fueron poco á poco penetrándose de la importancia de estas casas, y empezaron á destinar sus bienes para su formacion; y á ellos se deben la mayor parte de los que hoy contamos en España.

A continuacion insertamos la lista de todos aquellos de cuya fundacion tenemos noticias ciertas; y hemos creído conveniente colocarla por orden cronológico, porque de este modo pueden apreciarse mejor las observaciones que anteceden.

Años.	Pueblos.	Provincias.	Fundadores.	Años.	Pueblos.	Provincias.	Fundadores.
.....	Oviedo.		El rey D. Alonso y su muger Doña Berta hicieron testamento en favor del obispo y de los pobres, concediendo su palacio real para que el obispo D. Martin y sus canónigos fabricasen un hospital.	1528	Escalona.	Toledo.	Le fundaron D. Diego Pacheco y Doña Juana Enriquez, marqueses de Villena, duques de Escalona.
1108 á 1139	Palencia.		El de San Bernabé y San Antolin. La primera fundacion tuvo origen en un establecimiento que formó el sacerdote Pedro Perez, capellan de D. Pedro I, el que donó una porcion de fincas, que se aumentaron despues con agregaciones de diezmos y otros derechos.	1530	Zamora.		El de Sotelo (vulgo de las Mugerres), le fundó el comendador D. Alonso Sotelo para curacion de las pobres que no tengan enfermedades contagiosas.
1151 á 1159	Valladolid.		El de Santa Maria de Esgueva, que está á cargo de una cofradia. Se ignora su fundador.	1532	Alcalá la Real.	Jaen.	El del Dulce Nombre de Jesus y Santa Ana, debe su creacion al abad D. Pedro Moya.
1214	Burgos.		El hospital del Rey. Le fundó y dotó opulentamente el rey D. Alonso VIII.	1536	Torrijos.	Toledo.	El de la Consolacion le fundaron el comendador mayor de Leon y su esposa. El de la Trinidad D. Diego Cárdenas, duque de Maqueda. Se hallan refundidos en uno.
.....	Nájera.	Logroño.	El titulado de la Abadía. Fué su fundador el mismo D. Alonso VIII. Sus rentas ascienden á 9,980 rs.	1541	Toledo.		El de San Juan Bautista: le fundó el cardenal arzobispo de Toledo D. Juan Pardo. Se debe al conde de Zapata.
1220	Cuenca.		Tello de Pedro y Pedro Gutierrez erigieron un hospital para redimir cautivos, y en 1600 se convirtió para curacion de enfermos. Sus rentas son el producto de quince dehesas de labor y pasto, de un molino harinero y varios censos.	1543	Barajas.	Madrid.	Le fundó Alonso Icaro.
1508	Barcelona.		El de Santa Marta, fundado por Pedro Desvilar. Su primitivo objeto fué el de sostener con sus rentas á varios pobres de su linaje, y por eso se denominó Hospital de la Pia Almoyna. Posteriormente se le ha dado mas estension.	1544	Medina Sionia.	Cádiz.	Le crearon el condestable de Castilla D. Juan Velasco y Doña Juana Enriquez de Rivera.
1513	Figuera.	Gerona.	El de Caridad, fundado por Bernardo Jaime y su consorte Gasenda.	1548	Berlanga.	Soria.	El de Nuestra Señora de Gracia: se debe á D. frey Miguel de Eza, caballero del hábito de Alcántara.
1533	Teruel.		De San Lázaro, que debe su fundacion á Magdalena de la Cañada.	1549	Tudela.	Navarra.	El de San Juan de Dios: es fundacion del venerable padre Anton Martin, de aquella orden.
1548	Vich.	Barcelona.	Hospital civil, fundado por Ramon de Terrades.	1532	Madrid.		El de la Resurreccion: fué fundado por la cofradia del mismo título.
1379	Murviedro.	Valencia.	De Santa Maria de Namarena. Se ignora su fundador.	1536	Almarchas.	Teruel.	Le fundó Alonso Gonzalez Villamayor.
1380	Villafraanca de Oca.	Burgos.	Le fundó Doña Juana Manuel, esposa de D. Enrique II.	Maqueda.	Toledo.	El de San Idefonso: se debe al licenciado Alonso Peinado.
1385	Sevilla.		El de las Bubas. Sus rentas ascienden á 26,000 rs.	1563	Ceberos.	Ávila.	Le fundó Francisco de Albornoz.
1599	Valencia.		Hospital de Pescadores. Le fundó Pedro Bou, y solo se admiten en él enfermos pescadores de la clase de los bolicheros.	1566	Iznatoraf.	Jaen.	El de Nuestra Señora de Gracia: le fundaron varios vecinos.
.....	Puente del Arzobispo.	Toledo.	Fuó su fundador D. Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo. Los bienes que posee son una parada de molinos en el Tajo, un monte labrante, olivares, y algunas casas en la poblacion.	1576	Piedrahita.	Ávila.	Le fundaron Juan Garcia, presbítero, y Luis Gonzalez de Arranz.
1401	Barcelona.		El general de Santa Cruz, fundado por el cabildo eclesiástico y los consellers.	1577	Santiago.	Coruña.	El de San Roque: le fundó D. Francisco Blanco, arzobispo de aquella diócesis.
1412	»		El de San Severo, que establecieron Jaime Aldomar y Pedro Alegre, ambos presbíteros beneficiados de la catedral, destinado á socorrer á los sacerdotes pobres, enfermos y dementes.	1580	Villena.	Albacete.	El de la Caridad: fué creado por D. Pedro de Medina, presbítero.
1414	Fuentes.	Cuenca.	Le fundó D. Juan Martinez de Medina, canónigo de la catedral.	Algete.	Madrid.	Le fundaron Domingo Ibañez y su muger. Sedebe á D. Francisco Alvarez de Toledo, virey del Perú.
1420	Ledesma.	Salamanca.	Debe su fundacion á D. Gonzalo Rodriguez de Ledesma. Sus rentas han quedado reducidas á 4,639 rs.	Oropesa.	Toledo.	Se estableció el General, reuniendo en él muchos hospitales.
1425	Zaragoza.		El de Nuestra Señora de Gracia, fundado por D. Alonso V de Aragon. Sus rentas ascienden á 935,598 rs.	1587	Madrid.		El de San Juan de Dios: le fundó Doña Leonarda de Mendoza.
1427	Huesca.		Hay un hospital fundado por D. Hugo de Urries, obispo de esta diócesis. Tiene de renta unos 22,000 rs., procedentes de censos y limosnas.	1596	Toledo.		El del Corpus Christi: le fundó el ayuntamiento.
1434	Toledo.		El del Rey: tuvo principio por una reunion de personas caritativas, que establecieron esta casa para la manutencion y asistencia de pobres incurables.	1597	Pontevedra.		El de San Andrés (vulgo de los Flamencos): le fundó D. Carlos de Amberes, natural de Amberes, para auxilio de los naturales de los Países-Bajos.
1443	Madrigal.	Ávila.	Fuó fundado por Doña Maria de Aragon, esposa de D. Juan II. Las rentas de que pueden disponer son 35,000 rs.	1606	Madrid.		De San Luis, rey de Francia: le estableció D. Enrique Sobreaux, para los de su nacion.
1444	Huete.	Cuenca.	Fundado por Alonso de Pasada.	1615	»		El de Monserrat: le fundó D. Gaspar Pons para los pobres de la Corona de Aragon.
1435	Sevilla.		El titulado del Cardenal (vulgo de los Heridos). Le fundó D. Juan de Cervantes, obispo de Ostia, cardenal y administrador perpetuo del arzobispado.	1619	»		El de San Pedro (vulgo de los Naturales): se debe á D. Gerónimo Quintana, rector de la Latina, siendo su objeto la asistencia de sacerdotes.
1439	Toledo.		El de Nuestra Señora de la Misericordia, fundado por Doña Guiomar de Meneses. Debía su fundacion á Mayor Mejia, muger de Pedro Gonzalez.	1620	Barcelona.		El de San Pablo de la Convalecencia: fué fundado por Doña Lucrecia de Giralba.
.....	Perales.	Madrid.	Fundado por D. Fray Lope de Barrientos.	1630	Zamora.		El de la Encarnacion (vulgo de los Hombres): le crearon D. Pedro y D. Isidro Moran.
1468	Medina del Campo.	Valladolid.	El de la Misericordia, de Antezana. Le fundaron D. Luis de Antezana y su muger Doña Isabel de Guzman.	1634	Madrid.		Se estableció el de los Actores.
1484	Alcalá de Henares.	Madrid.	Fundado por frey D. Francisco Garcia, prior de San Juan en la misma villa.	1644	Arjonilla.	Jaen.	Instituyeron uno Maria Morales, D. Martin Carmona, D. Francisco Villar y D. Luis Manuel Gomez.
1488	Fuente las Peñas.	Zamora.	Hospital Real. Le fundaron los Reyes Católicos, y sus rentas suben á 376,000 reales.	1648	Cádiz.		El hospital de Mugerres: fué fundado por Antonio de la Just.
1492	Santiago.	Coruña.	Uno se fundó por la infanta Doña Beatriz, hija de los reyes de Portugal.	1663	Cartagena.	Murcia.	El Real de la Caridad: se debe á Francisco Garcia Roldan, soldado de la Real Galera San Miguel.
1494	Tordesillas.	Valladolid.	Otro el arcipreste D. Juan Gomez.	1665	Arjona.	Jaen.	El de San Miguel: fué instituido por D. Bernabé Cerrales Talavera, regidor perpetuo de dicha villa.
.....	»		El de Nuestra Señora de la Concepcion (vulgo de la Latina), le fundaron Don Francisco Ramirez de Madrid, secretario de los Reyes Católicos, y su esposa Doña Beatriz Galindo, conocida por la Latina, siendo su objeto admitir doce pobres con enfermedades agudas.	1670	Tordesillas.	Valladolid.	El de la Misericordia: fué fundado por Juan Arredondo.
1499	Madrid.		El de Santo Tomás le instituyó el caballero Diego Garcia de Hinebrota. Se creó por el señor D. Inigo Manrique.	1676	Madrid.		El de la Orden Tercera de San Francisco: se estableció en este año para sus hermanos.
1500	Málaga.		El de las Cinco llagas (vulgo de la Sangre) le fundaron Doña Catalina de Rivera, y su hijo D. Fadrique Enrique de Rivera, adelantado mayor de Andalucía. Al principio recibia enfermos de ambos sexos; pero por disposicion de los patronos, quedó solo reducido en 1538 á recibir enfermas.	1703	Villamanta.	Madrid.	Le fundó Josefa Frutos.
1503	»		El de Caridad fué fundado por D. Juan Rian.	1742	Molina.	Guadalajara.	Se debe su fundacion á D. Juan Antonio Hurtado.
1505	Sevilla.		El de San Lucas (vulgo Estudiantes), le fundó el cardenal D. fray Francisco Jimenez de Cisneros.	1750	Chinchon.	Madrid.	El de la Misericordia: fué instituido por Diego del Recio Garcia, vecino y labrador de aquella villa.
.....	Talavera de la Reina.	Toledo.	El de Santa Isabel le fundó Doña Isabel Rebollo para los de la ciudad.	1767	Tuy.	Pontevedra.	El de Caridad: se fundó por D. Juan Manuel Rodriguez, obispo de aquella diócesis.
1508	Alcalá de Henares.	Madrid.		1768	Santiago.	Coruña.	El de Tullidos (vulgo Carretas): se debe á D. Bartolomé Rapoy y Losada, arzobispo de aquella diócesis.
1513	Soria.			1775	Mondoñedo.	Lugo.	El de San Pablo: le fundó el obispo Don fray Ambrosio Sarmiento de Sotomayor.
				1776	Tahal.	Almería.	Fué erigido por el visitador regio D. Benito Ramon de Hermita.
				1777	Tijola.	»	Le estableció el mismo visitador.
				Trillo.	Guadalajara.	Le fundaron D. Miguel Maria de Nava y su esposa.
				1782	Ferrol.	Coruña.	El de Caridad: se debe al coronel sargento mayor de esta plaza D. Dionisio Sanchez Aguilera.
				1790	Alcaudete.	Jaen.	Fuó fundado por el alcalde mayor Don Francisco Manuel de la Torre, en union con el ayuntamiento.
				1791	Coruña.		El de la Caridad: le fundó Teresa Herrera.
				Santander.		El de San Rafael: se instituyó por Don Rafael Tomás Mendoza de Suarez, obispo de aquella diócesis.
				1795	Zahara.	Cádiz.	Fuó creado por el Supremo Consejo de Castilla.

No se hace mención de aquellos que se ignora el nombre de sus fundadores; de los que no se sabe cuándo se establecieron, y por último, de las casas de convalecencia y hospitales de peregrinos.

JOSÉ FERNANDEZ LLAMAZARES.

Años.	Pueblos.	Provincias.	Fundadores.
1047	Alconada.	Burgos.	Le fundó el conde D. Gomez de Carrion.
1084	Leon.		El obispo D. Pelayo mandó construir uno enfrente de la iglesia de Santa Maria.
1085	Burgos.		El llamado del Emperador, fué fundado por D. Alonso VI.
1093	Carrion.		La condesa viuda Doña Teresa fundó el de aquella villa.
1096	Leon.		El obispo D. Pedro fundó el hospital de San Marcelo.

(1) Pineda, *Monarquía Eclesiástica*, lib. XXX, cap. III.

PRINCIPIO DE UNA HISTORIA

QUE HUBIERA TENIDO FIN

SI EL QUE LA CONTÓ LA HUBIERA CONTADO TODA.

(Conclusion.)

Inés, la pobre, que al amarme á mí, había buscado en este amor el olvido de mil crueles penas que la habían dado otros amores, y que en mí, tan jóven como yo era, no veía por lo menos, aunque me hallaba menos apasionado, el infame y brutal egoísmo con que amamos luego los hombres que amamos mucho, seguía enamorada, y tanto mas cuanto mas veía que los dolores que había padecido, acababan con su juventud y la iban acercando á una crisis de belleza, que deben sentir mucho las mugeres muy hermosas.

Yo, cada día ganaba en vigor y en hermosura varonil, y el deseo de conservar mi corazón, consuelo y esperanza del suyo, la llevó á emplear todos los recursos que caben en la cabeza de una muger, para avivar mi amor, no contenta con el cariño tierno que yo la tenía, porque no la basta eso nunca á una muger amante. Por desgracia suya, y con toda la ligereza de su carácter, fuéron los celos uno de los medios que creyó mas á propósito para despertar con sus agudos filos mi pasión.

Como era tan hermosa, no hacia aun dos dias que había formado su plan, y ya había logrado herir dos millones de veces mi amor propio.

Todo fué desde entonces disgustos entre nosotros, y se complacia la pobre Inés, porque al fin en ellos había derramada alguna gota de amor.

Pero cada vez se agriaba mas mi corazón, y se desplegaba con mas fuerza la violencia de mi carácter. La faltó á Inés la prudencia, y á mí me sobró la rabia y el despecho, y sucedió lo que seguramente V., buen doctor, no se espera.

Entre todos los hombres con quienes Inés me andaba continuamente incomodando, era el que mas antipatía me inspiraba un jóven de una familia aristocrática, militar, buen mozo, y tonto, como son todos los ingleses cuando dan en serlo, con una imperturbabilidad capaz de irritar á un santo de piedra de nuestra España.

No le había yo ya dicho que no volviera á parecer por nuestra casa, porque me daba ira el pensar solo en confesarle mis celos.

Una noche volvia yo desesperado, lleno de cólera contra mí mismo, porque era ya tarde, y á mí pesar y forzado por la costumbre, tenía que dar á Inés alguna disculpa de mi tardanza. Toda mi cólera tomó otro giro mas terrible, cuando entrando en la sala, encontré en ella á Inés sentada al piano, y al jóven militar al lado, que al entrar yo pasó los ojos desde la cara de Inés á la mía, con una indefinible espresion de estupidez, tan parecida al desprecio, que sentí subir á borbotones la sangre á mi cabeza, y ciego de ira, no sé qué fué antes, si el pensamiento ó la acción de lanzarme á él, y loco de furor, envolverle por todas partes, con tal fuerza nerviosa, que aquella grande mole, sin poder resistirme vino al suelo, donde cada vez mas irritado, fuera de mí y olvidado de todas las leyes de nobleza y generosidad, dándole con una silla en la cabeza y con los piés en todas partes, no le dejé sino perdido el movimiento, cuando Inés logró por fin separarme de mi presa.

Todo esto había pasado en un momento, y acaso hubiera parado aquí, sin los violentos golpes que me hacia dar á Inés, la infernal idea del ultraje, del desprecio que me había hecho, aguardándome tranquila, á deshora y sola, con un hombre que indudablemente la amaba, y á quien yo aborrecía. A los golpes crecían los gritos, y á los gritos creció tanto mi ira, que cogiendo á Inés por el cuello con una mano crispada por la rabia, y dándole yo mismo golpes de despecho con la otra, me acerqué á una ventana, y abriéndola, me arrojé por ella maldiciéndome á mí y á todo lo criado, en mi impotencia, abrazado con Inés, cuyo cuello oprimía cada vez mas en mi locura.

He aquí, buen doctor, una determinacion tomada pronto, y mal, al parecer de V.; pero, amigo, ya estaba hecho, y como no paramos en el aire, fuimos á dar al suelo, ahogada Inés, que por lo menos se ahorró el dolor de aquel tremendo porrazo, y yo todo magullado y como muerto.

Siempre me gusta acordarme de este suceso en broma, porque es el primero que me ha hecho llorar de veras, y quiero al recordarle apartar de mí las lágrimas.

Cuando volví en mí, me encontré en la cárcel, y allí, en medio de la deliciosa soledad de un calabozo, fué donde vino á acompañarme como un enemigo cruel, un sentimiento de ternura tan amarga hacia la muger que había perdido para siempre, que decidido á morir, me abrí un día todas las venas que pude, que creo que fuéron tres, con un hueso de gallina.

Mi pobre sangre me obedeció, y empezó á salir á chorro; pero, amigo, cuando estaba á lo mejor, entró el carcelero, y avisando al momento á una porcion de gente, entre todos, llenos de caridad, que yo no agradecía sino repartiéndome puñadas por todas partes, lograron por fin sujetarme, y llevándome á la enfermería, me salvaron, haciéndome el regalo de unos cuantos dias mas de vida, que además de haber sido muy malos, se me acaban ya de un momento á otro.

¡Buen regalo ha sido, doctor, buen regalo ha sido!... Debilitado con la cura, y á consecuencia de la sangre que había vertido, desaparecieron todos los síntomas furiosos de mi dolor. Se sentó mi juicio, se aclaró mi espíritu, y apareció mi razon á hacerme feliz con mil pensamientos probables que me sugería.

Ya se ve, todo lo que yo le he contado á V. acerca de los motivos á que yo atribuyo los celos que Inés me daba, es acaso verdad, y acaso siempre me amó, y acaso era absolutamente imposible que amara á otro; pero, amigo, vino mi razon y me dijo que todas estas esplicaciones no estaban dadas acaso, sino por mi amor propio; y entonces yo, confundido entre tantos casos, me agarré á lo mas probable, y vista la conocida debilidad de las mugeres, que sin que se las pueda echar nunca la culpa son casi siempre culpables, fui feliz con mi nueva idea de que Inés se había burlado verdaderamente de mí...

Feliz, doctor, feliz! solo que todo yo sudaba cuando se me

ocurría este pensamiento, que tan bueno era para mí, que hasta me volvia todo mi amor á Inés... solo que la había ya perdido para siempre, y ni un beso podía enviarla.

Vamos, doctor, V. no puede comprender los gozes que yo debía entonces al uso sentado de mi razon.

Estaba deseando que me ahorcaran, y en la justicia humana confiaba yo, para ahorrarme el trabajo de emprender otro suicidio. Pero, amigo, deparome la suerte un abogado diestro, que á pesar de la familia del tonto aquel que yo había matado á patadas, y á pesar de lo patente que estaba mi crimen, ó por mejor decir, apoyado en esto mismo, y en las declaraciones de los testigos, que estaban conformes en decir, y decian verdad, que era yo uno de los hombres mas amables y blandos de carácter que habían conocido, apoyado en estas razones, probó que estaba loco, y en vez de ponerme en manos del verdugo, me puso en manos de unos compañeros de V., doctor, que con una curiosidad digna de unos sabios, me estuvieron moliendo á observaciones, sin adelantar ni el canto de un duro en la ciencia.

Yo en este tiempo me resolví á dejarme vivir, porque como se me observaba, hubiera tenido que pensar mucho para hacer otra cosa, y ciertamente no merecen tanto, ni la vida ni la muerte.

Mi locura ó mi crimen ó lo que ello fué llamó extraordinariamente la atencion en Londres, y la circunstancia de ser Inés y yo españoles, aumentó todavía la fatal especie de belleza que tienen estos sucesos extraordinarios, nacidos de una pasión violenta.

Me veía todo el que podía, y en aquella temporada se puede decir que cultivé yo el trato de lo mas notable de Londres, bajo todos aspectos.

No tenía yo aun veinte años; pero estaba ya casi completamente desarrollado, sin que eso me quitara la amable lozanía de la primera juventud.

Yo creo que no me vió una sola persona, que no me manifestase al despedirse de mí el cariño cordial de un padre: tanto interesaba á todo el mundo mi figura y mi conversacion. En los ojos de las pocas mugeres que vinieron á verme, notaba yo una especie de amor, lleno de miedo, que lisonjeaba no poco la pueril vanidad que yo tenía entonces.

Entre todas, una sola fué la que me causó no poca sorpresa, cuando entró por segunda vez en mi habitacion; pero al cabo de algun tiempo la veía yo entrar todos los dias, y era para mí tristísimo el que pasaba sin verla.

Con la ternura de una madre me visitó una porcion de tiempo, y el amor, que era quien allí la llevaba, estuvo para mí oculto bajo el manto de la mas cariñosa amistad, prodigándome mil cuidados maternales.

Siempre me he enamorado yo empezando á ver como una madre á mi querida... Siempre, no: solo me ha sucedido esto con las cinco primeras mugeres á quien he amado.

Ya verá V., doctor, cómo se divierte con la variedad de mis aventuras; todo yo he sido corazón!

Solo estoy ahora, ah! solo!... muy solo!... No haga V. caso de estos suspiros, doctor: más solo estaría si estuviese enfermo en mi casa... ¿Quién está solo en un hospital? Los enfermos pobres abundamos por fortuna, y armamos una sociedad de camas que alegra el corazón y halaga los sentidos.

Doctor... doctor... no quisiera equivocarme; pero me parece que me muero... Incorpóreme V. un poco... ah! sí, siento ya la sangre que sube por mi pecho... Ea! allá va, y si es la última, buen viaje...

Estas palabras, amigo, las pronunció el enfermo con mucho trabajo, pero sonriéndose; y aun no había acabado la última, cuando un vómito de sangre salió de su pecho, que crujió de dolor.

Después cayó su cabeza sobre la almohada, y sus ojos se cerraron.

Ah! por fin... Estas palabras apenas se oyeron al salir heladas de su boca.

Cómo muero!... Y juntando maquinalmente las manos, apretó con ellas su pecho. Dos lágrimas que quedaron sobre los ojos ya apagados, dándole el brillo y la espresion de un dolor muy grande, casi me hicieron llorar á mí sobre el cadáver de aquel hombre.

Una espresion extraordinaria de vigor y de belleza pasó por su fisonomía como un relámpago, y la dió una luz mágica por algunos instantes después de su muerte.

Amigo, desde que oigo contar historias, no me he quedado nunca mas á media miel. ¡Cuidado si le habrían sucedido mas cosas de las que me contó!

Pero V., le dije yo al doctor, ¿no sabe acerca de ese hombre ni una palabra mas de lo que me ha dicho?

—¿Qué he de saber? Y yo bien quisiera averiguarlo todo.

—Doctor, no se apure V., al fin y al cabo lo mas que V. podría ganar sería el saber quién era ese hombre. Pero, ¿quién sino él mismo podría contar su historia completa?

—Lo que á mí me da mas rabia es que queda un vacío nada menos que de veinte años.

—Pues lénele V. á su gusto.

—Esa no sería la verdad, ni yo sé inventar, sino escuchar y decir lo que me cuentan. ¡Hombre, no podrias tú darme el gusto de ir inventando mas cosas, y escribirlas para hacerme pasar un rato?

—¿Y cómo quiere V., maestro, que escriba yo de buena gana tantas cosas como pueden pasar en tantos años? ¡Pues es una friolera las letras que tendría que pintar!

—Hombre, hazlo por mí...

—Adios, doctor, adios: no tengo tiempo.

Y me escapé corriendo, porque me empalagaba algunas veces mucho la terquedad con que el doctor se aficionaba á la pesadez de lo que él llamaba estudios de observacion.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

SHAKESPEARE Y SUS CONTEMPORÁNEOS (1).

Jacobo I gobernó entre la espada que le había aterrorizado en el vientre de su madre, y la que hizo morir, pero no temblar, á su hijo. Su reinado separó el cadalso de Fonteringay

(1) Este artículo está traducido de los *Ensayos de literatura inglesa*, escritos por Chateaubriand.

del de White-Hall; espacio oscuro en donde se apagaron las brillantes antorchas de Bacon y de Shakespeare.

Estos dos ilustres contemporáneos se encontraron sobre el mismo suelo. La Francia, que era entonces la menos aventajada en las letras, no nos ofrecía sino á Amyot, á Ronsardy, á Montaigne, talentos de mediano vuelo; y Hardy y Garnier balbuceaban apenas los primeros acentos de nuestra Melpómene. Shakespeare nació quince años despues de la muerte de Rabelluo, y este último había ya vivido treinta y uno, cuando el infortunado Tasso y el heróico Ercilla murieron en el año 1595. El poeta inglés fundaba el teatro de su nacion al propio tiempo que Lope de Vega establecía la escena española. Este último empero tuvo un rival en Calderon. El autor del *Mejor alcalde* se había embarcado en clase de voluntario en la *armada invencible*, en el momento en que el autor del *Falstaff* calmaba las inquietudes de la hermosa *Vestal* que ocupaba el trono de Occidente.

El poeta castellano recuerda esta flota famosa en la *fuerza lastimosa*: «Los vientos, dice, destruyeron la armada naval mas bella que vieron los nacidos.» Lope iba con la espada en la mano á asaltar á Shakespeare en su hogar, como los barcos de Guillermo el Conquistador atacaron á los Seldos de Hurold.

Herido en Lepanto en 1570, esclavo en Argel en 1575, redimido en 1581, Cervantes, que comenzó en una prision su inimitable comedia, no osó continuarla sino despues de muchos años. ¡Tan poco conocida era su obra inmortal! Cervantes y Shakespeare murieron en el mismo año y en el mismo mes: dos documentos atestiguan la riqueza de ambos autores.

William Shakespeare deja á su muger una de sus dos camas, deja á dos de sus camaradas de teatro treinta y dos chelines para comprar una sortija; instituye á su hija mayor Susana su legataria universal, y deja algunas pequeñas memorias á su segunda hija Judit, la cual signaba las actas con una cruz por no saber escribir.

Miguel Cervantes reconoce por una carta, que ha recibido en dote de su muger Catalina Salazar y Palacios un argadillo, una garrucha de hierro, tres asadores, una pala, un rallo, una escobilla, seis fanegas de harina, cinco libras de cera, dos taburetes, una mesa de cuatro piés, un colchon con su lana correspondiente, un candelero de cobre, dos sábanas, dos niños Jesus con sus tónicas, cuarenta y cuatro gallinas y un gallo. No habría en el día escritor, por escaso que fuese su mérito, que no se querellase de la injusticia de los hombres y del desprecio con que se mira el genio, si no estuviese colmado de pensiones (tégase presente que se habla de Francia) cuya centésima parte hubiera hecho la fortuna de Cervantes ó de Shakespeare. El autor pues del *Rey Lear* y el del *Quijote*, dignos compañeros de viaje, fuéron á buscar un mundo mas sabio el año 1616.

Corneille había venido á remplazarles en esta familia cosmopolita de los grandes hombres, cuyos hijos nacen en todos los pueblos, como en Roma los Brutos sucedían á los Brutos, y los Escipiones á los Escipiones. El autor del *Cid*, niño de seis años, vió los últimos dias del cantor de *Othello*, como Miguel Angel dejó su paleta, su cincel, su escudera y su lira, el año mismo en que Shakespeare, calzado el coturno y con la máscara en la mano, entró en el mundo; y como el poeta Lusitano saludó los primeros rayos del sol de Albion.

Cuando el jóven carniceiro de Traffoad, armado del hacha, dirigía una corta arenga á sus víctimas antes de inollarlas; Camoens hacia resonar en la tumba de Inés, á las orillas del Tajo, los acentos del cisne:

«Tantos años como os he cantado, oh ninfas del Tajo, oh lusitanas, otros tantos la fortuna me lleva errante á través de las desgracias y los peligros, ya sobre las olas del mar, ya en medio de los combates... ya degradado por una vergonzosa indigencia, sin otro asilo que un hospital... No me bastaba verme condenado á tantas miserias, érame necesario que procediese de las mismas á quienes había cantado... Poetas, vosotros difundis la gloria; ved á qué precio!»

Vao os annos descendo; e ja do estio
Ha pouco que passar ate' o outone, etc.

«Mis años van pasando; antes de poco habré pasado del estío al otoño. Los sufrimientos me llevan á la ribera del negro reposo y del eterno sueño.»

¡Es pues preciso que en todos los pueblos y en todos los siglos los mas grandes genios hayan tenido que repetir estas últimas palabras de Camoens!

Milton, de edad de ocho años cuando murió Shakespeare, se elevó como la sombra de la tumba de este gran hombre. Milton se queja tambien de haber nacido en época desgraciada, un siglo demasiado tarde, y teme que la *frialdad del clima ó de los años no haya entorpecido sus humilladas alas*. Este mismo temor le acomete cuando escribe el libro noveno del *Paraiso perdido*, que encierra la seduccion de Eva, y las escenas mas patéticas entre esta y el primer hombre.

Estos genios divinos, predecesores ó contemporáneos de Shakespeare, tienen en sí un no sé qué, que participa de la hermosura de su patria. Dante era un ciudadano ilustre y un guerrero valiente; el Tasso hubiese estado bien colocado en la hueste brillante que seguía á Rennard; Lope y Calderon militaron; Cervantes y Camoens mostraron al mundo las honrosas cicatrices de su valor y de su infortunio. El estilo de estos poetas soldados participa casi siempre de la elevacion de su existencia; faltábale solo á Shakaspeare haber seguido otra carrera; apasionado en sus composiciones, no es noble á veces: la dignidad faltó á menudo á su estilo, como faltó á su vida.

CORRESPONDENCIA.

Señorita Doña A. N., de Madrid. Despues de lo que dijimos en nuestro último número, ya comprenderá V. que es imposible complacerla.

Señor D. F. de L., de Madrid. No admitimos artículos de critica, remitidos, ni sueltos del mismo género.

Señor D. S. C., de Barcelona. A la necesidad que V. indica responde perfectamente nuestro diario LAS NOVEDADES, que volverá á aparecer muy pronto á la de folletines la seccion de novelas de la BIBLIOTECA UNIVERSAL.

Señor D. V. C., de Huesca. A la razon general que hemos manifestado para no admitir trabajos como el de V., se añade la de que tenemos ya trece escritos sobre el mismo asunto.

Señor D. F. P. G., de Leon. Damos á V. las gracias por sus ofrecimientos, pero no hay medio de utilizarlos.



El hábito no hace al monje.

UN PINTOR DE MUESTRAS.

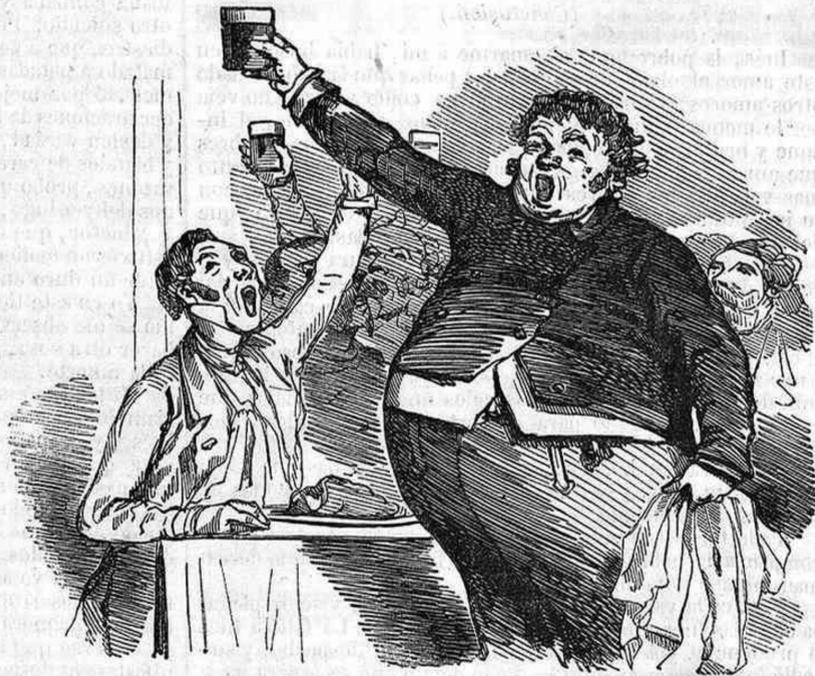
¡No hay duda, es lo mejor que he hecho en mi vida! exclamaba un joven pintor recién llegado á Nápoles, contemplando con orgullo un cuadro, al cual había dado la última pincelada. Caravaggio tendrá que confesar que ha encontrado su maestro. ¡Vamos, ya no hoy que tocarlo mas!

Y dirigiéndose al otro extremo de la habitación tomó un retrato de muger casi concluido, y se entregó de nuevo al trabajo, que absorbió toda su atención: de vez en cuando se detenía, cruzaba los brazos, y volviéndose hacía el cuadro que había ya acabado, se decía con cierta candidez marcada de amor propio.

—¡Bien sabía yo que había de hacer alguna cosa grande! Ahora puedo morir seguro de que mi nombre no quedará sepultado en el olvido... pero, ¿no gozaré yo de mi reputación? ¿habrá de quedar mi gloria encerrada entre estas pobres paredes? Estos pintores cortesanos y envidiosos que cercan al virey, ¿no me dejarán penetrar hasta él para hacerme conocer?... y ¿qué importa? Guarden ellos las llaves del palacio, yo quedaré fuera, sí, y á despecho de sus celos y de su envidia, mi nombre resonará con gloria en Nápoles y en Europa. Este sueño de entusiasmo fué interrumpido por la entrada de la vieja Beatriz, que colocando sobre una mesilla los preparativos de un modesto desayuno, empezó á arreglar el taller y á limpiar el polvo que cubría varios cuadros, esparcidos por las mesas y rincones. El joven aparentó no haberla visto, y continuó su trabajo hasta que ella, acercándose, le dijo:



Las aceras de la Puerta del Sol al anochecer.



Fortaleza y templanza.

—Siempre hablando solo: así Dios me perdone, pero no parece sino que estais en compañía del diablo: ¿y cuándo se acabarán esos sueños que os distraen de vuestro trabajo? A ver!... veamos lo que habeis hecho... ¡lindo cuadro! exclamó irónicamente delante del que había proclamado el joven por su obra maestra... ¡Bien dije yo, solamente el demonio podía inspiraros la idea de una pintura tan horrible! cada vez que la veo se me erizan los cabellos!... y habeis gastado tres meses en hacer esto, y luego os quejais de que el virey no os proteja! id á llevarle ese cuadro para que se horrorice...

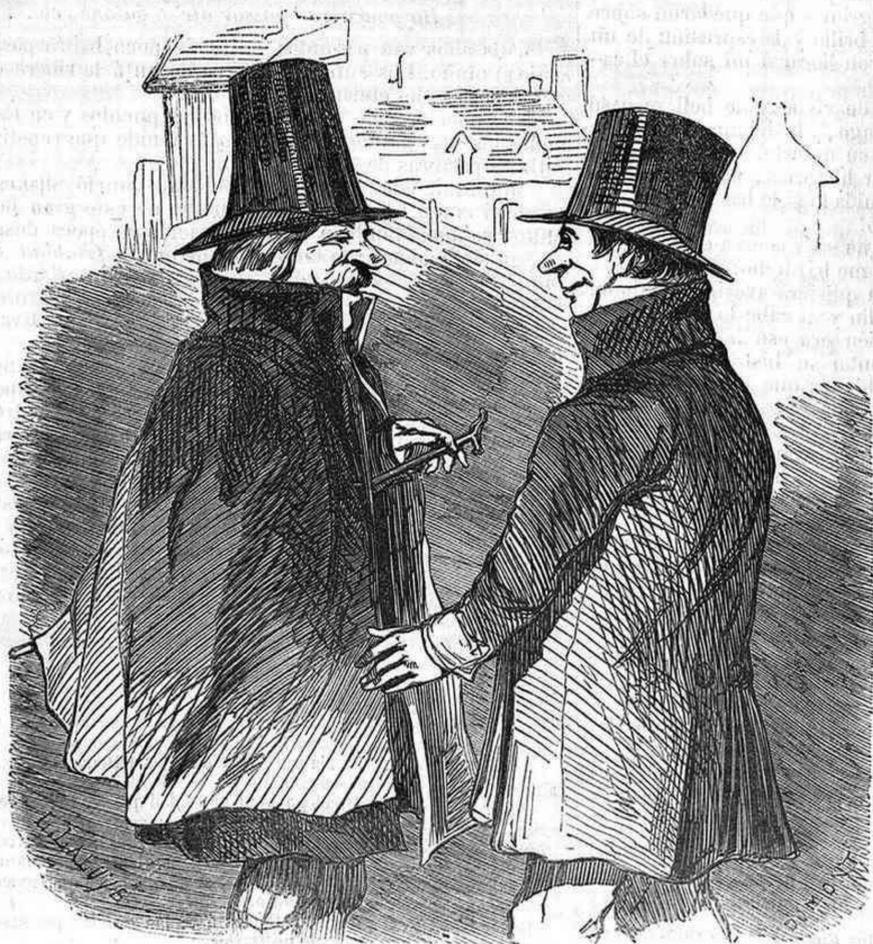
—¡Pobre Beatriz, contestó el pintor dándole una palmada en el hombro: mucho siento que no sea de tu gusto!

Mas siento yo otra cosa, dijo ella tristemente, y es la perspectiva del hambre que os amenaza, porque hoy he gastado en vuestra comida todo lo que me quedaba... y esto por culpa vuestra, que pudierais ser el pintor mas rico de Nápoles... ¿Por qué no acabais el retrato de la condesa de Venota? ella os habria cubierto el lienzo de escudos, y recomendado á su amigo el virey: eso sí seria un golpe de fortuna; y no andar huyéndola y negándoos á recibirla.

—Por Dios, Beatriz, no me hables de esa condesa con sus ojos hundidos y su cara llena de arrugas: allí no se ve ni la dignidad de la vejez, y yo la hubiera pintado mas fea y ridícula, si era posible, que lo que es en realidad.

—Sí, esa es vuestra manía; ¡caras bonitas para pintar vírgenes y ángeles!... Pues bien, ateneos á las caras bonitas, que no dejan ningun provecho.

—Ah! si yo hubiera retratado una joven que he visto hace tres meses... ¡Figúrate, Beatriz, dos grandes ojos azules llenos de languidez!...



A lo que ha venido para las copas y los sombreros.



A lo que han venido á parar los hombres y las mugeres en Francia.

—Bien, bien, venid á almorzar.
—Unos cabellos de un rubio admirable, tan raro en este país... y luego sus ademanes nobles y delicados, el sonido de su voz...
Dios mio! hablais como un enamorado; y esto solo nos faltaba.

—El sonido de su voz que penetra hasta el corazon como la música mas melodiosa... ¡oh, qué modelo para una Magdalena! pero no una Magdalena arrepentida, sino una Magdalena virgen, llena de ensueños de amor y agitada su alma por los fuegos de la pasión.

—¿Queréis callar? gritó Beatriz, os habeis vuelto loco, ó teneis el infierno en la cabeza? Vaya un entusiasmo mal empleado! por eso no retratais viejas... pero, ¿qué es lo que veo? es la condesa de Venuta la que estais acabando! Bien, muy bien, mi querido amigo! Y la vieja se estasiaba delante del cuadro que estaba concluyendo el jóven pintor.

—Vamos, Beatriz, ¿soy siempre un perezoso, una mala cabeza? riñeme todavía.

—Muy bien, querido mio, muy bien, repuso la buena vieja abrazándole enternecida, eso es cumplir con su obligacion... Pero por ahora es preciso dejarlo, venid á almorzar, para que vayais inmediatamente á la casa de Cristóbal Panolfo que os estará esperando.

—Cristóbal Panolfo! ¿quién es ese hombre?
—El comerciante de cuadros mas rico de Nápoles.

—No le conozco.

—Pero él os conoce á vos: tiene grande opinion de vuestro talento, y querrá sin duda encomendaros algunos trabajos.

—Oh! si fuera un inteligente, y quisiera venir aquí, veriamos en cuánto apreciaba mi gran cuadro.

—Cómo! ¿no ireis á su casa sabiendo que os espera?

El jóven no contestó sino volviendo las espaldas y murmurando algunas palabras ininteligibles, y la vieja repuso con mal humor:

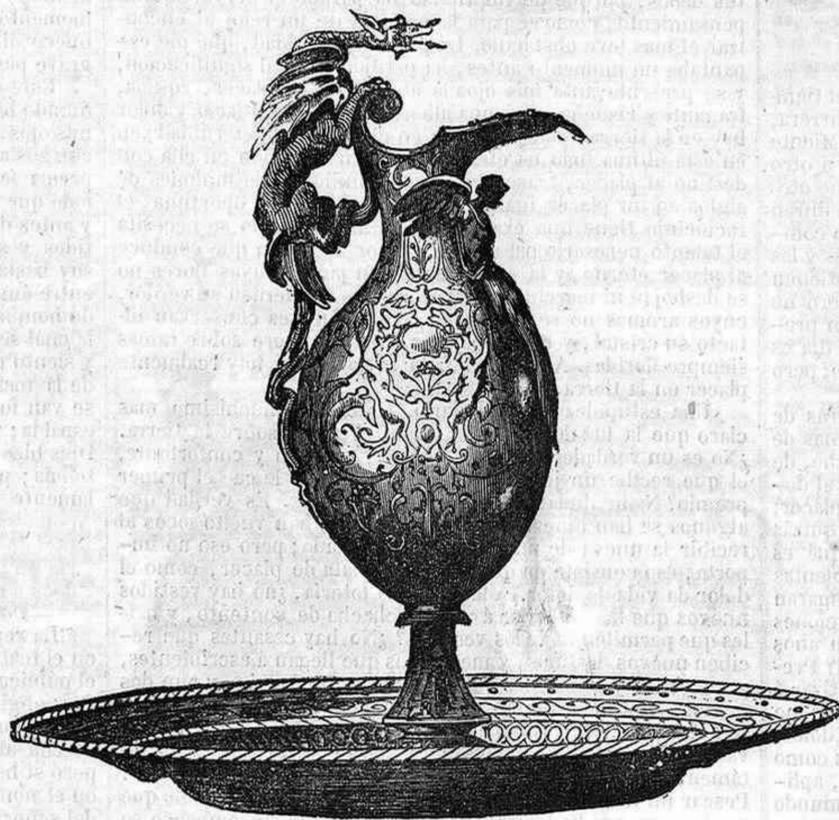
—Pues yo quiero que vayais: si señor, ireis; aun cuando tenga yo que llevaros contra vuestra voluntad, eso es tener muy mal corazon: ¿acaso estais solo en el mundo? Si vos morís de miseria, ¿qué será de esta pobre vieja que se ha sacrificado por vos y que no tiene otra esperanza que veros dichoso?... Vamos, querido hijo, continuó la buena Beatriz acariciándolo; yo sé que vos me amais, y que no pagareis con ingratitud una afeccion maternal: tomad la espada y el sombrero nuevo, no me tengais rencor por lo que he dicho de vuestro cuadro; así colocaos la capa sobre el hombro: ¡qué gentil sois! teneis el aire del emperador Carlos V: id á ver á Panolfo, y si hay alguna dama sed galante; mirad que yo he sido jóven y sé lo que me digo.

—Vayan al diablo Panolfo y todas las viejas, que no le dejan á uno un momento de sosiego! exclamaba el jóven saliendo de su taller para ir á la casa del comerciante.

La sala donde fué introducido el pintor estaba ricamente adornada, y desde sus balcones se estendia la vista por un delicioso jardín hasta perderse en el azul del Océano. Un hombre de cuarenta años y de un exterior bastante comun, se paseaba por la habitacion, y sentada en una ventana con la cabeza apoyada entre sus manos, como respirando el aire embalsamado del golfo, se hallaba su hija Laura, preciosa virgen de diez y seis años. El artista entró de pronto y saludó con desembarazo; pero muy luego la turbacion se apoderó de él al reconocer en Laura



Servicio para café.



Vinagera.

la misma jóven cuyo retrato habia trazado con entusiasmo á Beatriz una hora antes. Panolfo atribuyó su agitacion al poco trato del mundo, y tomando un aire de proteccion y de grandeza, quiso ostentar á la vista del jóven pintor su brillante situacion; pero este, herido en su amor propio, y volviendo á su altivez natural, contestó:

—Caballero, no creais que vuestro lujo ni vuestras riquezas pueden fascinar mis ojos: no es vuestro esplendor el que ahora me ha ofuscado, sino el de Dios, que me ha presentado la belleza de sus obras en su mas perfecta criatura.

Esta vez fué Laura quien se sonrojó y perdió toda su serenidad: sus miradas se encontraron con las del pintor, y reconocieron al jóven que un dia la habia seguido con muestras de la admiracion mas apasionada. Panolfo no observó nada de esta muda escena, y sin quererlo aumentó el interés que ya su hija habia concebido por el artista, porque mientras que él, dándose la importancia de un protector de las bellas artes, ultrajaba al pintor, ella con la ternura de sus miradas lo indemnizaba de su humillacion y le daba otro orgullo mas: el de verse amado.

—Dicen que no careceis de talento, exclamó Panolfo en tono de indiferencia.

El jóven inclinó la cabeza sin contestar.

—Pero sois pobre y estais obligado á trabajar para comer; veamos si mereceis el honor que quiero dispensaros.

El pintor se mordió los labios por no contestar, y volvió sus ojos hácia Laura: comprendió esta la súplica que encerraba aquella mirada, y le preguntó con un aire encantador.

—¿Sois extranjero en Nápoles?

—Soy español, contestó él con orgullo: he nacido en Játiva, cerca de Valencia; pero hoy me considero como un hijo de la Italia: tan dulces son los sentimientos que me unen á este dichoso país. He visitado á Roma, Venecia, Parma, Florencia y todas las ciudades donde han florecido los genios de la pintura: ahora vivo en Nápoles, y juro desde hoy no abandonarla jamás.

Mientras que el pintor hablaba, Laura no podia disimular la impresion que le causaban su fisonomía, llena de sentimientos, y sus hermosos y negros ojos.

—¿Y se puede saber, preguntó Panolfo, por qué dais á Nápoles esa preferencia tan lisonjera?

—Ese es mi secreto, contestó el jóven algo turbado.

—Padre mio, repuso Laura, vuestra pregunta es indiscreta, este caballero tendrá alguna pasión...

—Sí señora, interrumpió el jóven con calor, y arrojándole una mirada de fuego: tengo una pasión en el fondo de mi pecho, una pasión que durará mientras viva!

Laura bajó la cabeza para ocultar el carmin que asomó á sus mejillas, y dos lágrimas que corrieron de sus ojos; y su padre prosiguió con mal humor:

—Dejemos eso: esa chiquilla me acusa de indiscreto, cuando ella lo es mucho mas que yo. Sentémonos y hablaremos del oficio: ¿que partido queréis que os haga?

—Decid qué especie de cuadro debo hacer.

—Pues bien: sabed que el viento ha roto la muestra de mi almacen y querria otra mas digna de mí.

—Una muestra! exclamó el pintor haciendo un movimiento para levantarse. Pero una mirada suplicante de Laura le detuvo á pesar de la indignacion que lo poseia.

—Como!... ¿rehusariais? Esta es una ocasion brillante de daros á conocer, y si teneis talento, podreis hacer fortuna; mi reputacion será la vuestra, y por mí todos mis amigos os emplearán. En Nápoles hay muchas muestras que renovar, y si todos os pagan como yo... ¡veinte y cinco ducados!... ¡os parece poco!

—¿Me dejareis pintarla á mi antojo? preguntó el jóven despues de un acto de reflexion.

—Sí, con tal que sea una cosa brillante, que llame la atencion.

—Y qué precio pagareis por ella?

—Ya os lo he dicho, veinticinco ducados.

—Gracias! contestó el jóven levantándose: si me hubierais preguntado el precio, os hubiera pedido ochocientos ducados; guardad los veinticinco, que la muestra no os costará nada. Veo que teneis razon; es preciso darme á conocer, y quiero aprovecharme de esta ocasion: podeis anunciar que tendreis una muestra del primer pintor de Italia: adios, señora.

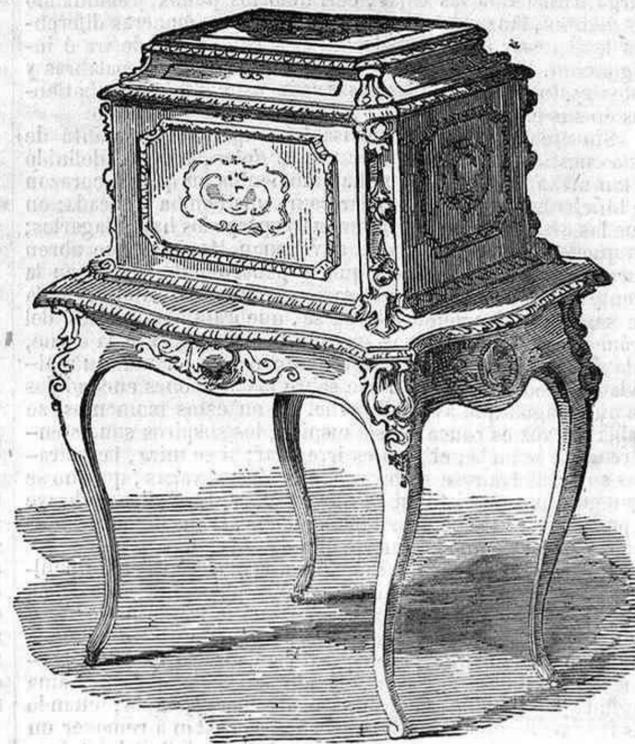
Y dejando á Panolfo confuso y aturcido, el jóven se dirigió á su casa, donde encontró á Beatriz estasiada delante de una talega de ochocientos ducados que un desconocido le habia entregado para su dueño.

Quince dias despues de esta entrevista, una multitud se hallaba reunida delante del almacen de cuadros de Cristóbal Panolfo. Los espectadores aplaudian llenos de entusiasmo y pedian á gritos el nombre del pintor que habia colocado á manera de muestra el magnifico cuadro del martirio de San Bartolomé. Cuando los primeros trasportes de admiracion se calmaron, la multitud contemplaba en un espresivo silencio y con un profundo sentimiento de terror aquel pasaje sublime. El santo estaba echado sobre un costado, tenia los piés ligados y sostenidos por un verdugo. Su brazo derecho, que una cuerda tenia suspendido sobre su cabeza, habia sido ya destrozado por el hierro: otro verdugo, cuya fisonomía era espantosa y enérgica, metia con frialdad la mano por entre la piel y la carne ensangrentada de la víctima, que espesaba en su cara una mezcla admirable de la agonía del cuerpo y de la piadosa resignacion del alma. ¡Jamás habia sido pincel tan elocuente, jamás un tan grande objeto habia encontrado tan digno intérprete!

Panolfo estaba loco de contento con su muestra: la multitud crecia por instantes, y se confundia para admirar el cuadro. Entre los espectadores se hallaba una vieja, á quien



Jóven india.



Cofrecillo para alhaja.

la admiración de los demás tenía tan absorta como su propia alegría.

—No hay duda que soy un bestia, murmuraba en voz baja; todos dicen que es magnífico, y sin embargo, mientras mas lo veo mas miedo me causa.

—Es una obra maestra! exclamó un personaje ricamente vestido. ¿Por qué el autor no se da á conocer? No habria en Nápoles un pintor que no quisiera ser su discípulo.

—El autor, el autor! gritaba el pueblo.

—El autor soy yo, dijo por fin presentándose á la multitud.

—Caballero, le dijo el personaje, si quereis fijaros en Nápoles, yo os prometo los honores y la fortuna de un príncipe.

Al oír esto Beatriz, á quien sin duda el lector ha reconocido ya, se lanzó hácia el desconocido, y poniéndose de rodillas exclamó:

—Bendigaos el cielo! pero no le deis honores ni riquezas; dadle la felicidad; dadle la muger que adora, la hija de Panolfo, ó de lo contrario morirá de desesperación.

—La tendrá, yo os lo prometo.

—Vos! gritó el pintor; ¿y quién sois vos?

—El conde de Monterey, virey de Nápoles; ¿y vos, caballero?

—Mi nombre no es todavía conocido; pero yo juro á vuestra alteza que algun día resonará con gloria en mi patria y en Europa.

Ambos cumplieron su promesa: Laura llegó á ser la esposa del jóven pintor, y la España señala con orgullo entre sus grandes genios al inmortal José Rivera, conocido bajo el nombre del Españolito. (Rev. Barc.)

CARTAS A UN ANGEL.

III.

PLACER Y DOLOR.

Todo es mentira en este mundo, hasta la medida del tiempo, caballo indócil que unas veces se precipita á la carrera, y otras camina á paso tardo con insoportable lentitud. Miente una y mil veces quien afirma que un minuto es igual á otro minuto, quien sostenga que un día dura lo mismo que otro día; hay días que parecen instantes, hay segundos que duran una eternidad. Los que miden el tiempo con un mismo compás, los que dividen en partes iguales los años, los días y las horas, no han gozado ni sufrido nunca, y por eso mantienen en un error imperdonable á la estúpida humanidad. Pero no son ellos los que engañan á la humanidad; soy yo quien pretendo engañarla. Ellos han medido bien el tiempo: un día es siempre igual á otro día, un minuto igual á otro minuto; pero hay días y años de dolor, y solo minutos de placer.

¿Opinas como yo, ángel mio? Posiblemente opinarás de otra manera; porque cada día me convengo mas y mas de que las regiones en que habitamos se diferencian mucho, de que dista mucho una de otra. Tú hablarías del placer y el dolor como un ángel, ó quizás hablarías únicamente del placer; yo hablaré del placer y el dolor como un hombre, ó quizás hablaré únicamente del dolor. ¿Pero qué es placer, qué es dolor? ¿Deberán llamarse placer esas sensaciones violentas que duran un segundo, y que matarian si se prolongaran hasta un minuto? ¿Deberán llamarse dolor esas sensaciones mas ó menos lentas y permanentes, que se prolongan años y años, que no quitan la vida y apenas gastan la salud? Preciso sería resolver estas dos cuestiones antes de bautizar á estas dos potencias del alma que mutuamente se combaten, no sea que llamemos dolor al placer, y placer llamemos al dolor.

¿Pero qué mal hay, dirán muchos, en dejar las cosas como estan, y en continuar dándolas el nombre que tienen, aplicado con razon ó contra razon? Los que crean que el mundo va bien, tendrán muchísima razon al hacer semejante pregunta, y en resolverla en pró del *estatu quo*; pero los que creen que el mundo va mal, se apresurarán á contestarles que es indispensable trastornarlo todo, y que este trastorno debe empezar por llamar las cosas por sus verdaderos nombres, para que las gentes se entiendan. Los primeros replicarán á los segundos con una sonora carcajada, con una mirada compasiva ó con un alzamiento de hombros, tres modos distintos de expresar una misma cosa, que es una mistura de compasión y de desprecio; los segundos volverán á la carga frunciendo las cejas, cerrando los puños, rechinando los dientes, lanzando miradas foscas; cuatro maneras diferentes de expresar una segunda mistura compuesta de ira é indignación. Pero después de haber cambiado estas palabras y estos gestos, quedarán las cosas como están, y los combatientes en sus campos.

Sin embargo, es indispensable ocuparse algun tanto de esta cuestión, de este *placer* y este *dolor*, tan mal definido ó tan mal aplicado; porque hay momentos en que el corazón se hincha hasta querer estallar como una bomba caldeada; en que las ardientes pupilas quemán los párpados hasta llagarlos; en que los párpados llagados envenenan lágrimas que abren surcos en las mejillas; en que el pensamiento hierve en la frente como una caldera de vapor, y no encontrando válvula de seguridad por donde escaparse, quebranta los huesos del cráneo; en que los huesos quebrantados desgarran la carne, y la sangre cae sobre el pensamiento para aumentar su actividad, como el agua que cae sobre los carbones encendidos de una fragua que aviva el fuego. Si en estos momentos se habla, la voz es ronca; si se suspira, los suspiros son estentóreos; si se anda, el paso es irregular; si se mira, las miradas son penetrantes como puñales, ó tan vagas, que no se fijan en ningún objeto; si se ruega á Dios, la súplica es breve y precisa; y si se maldice á los hombres, la maldición es horrible y pronta como la muerte que da el rayo.

Pero ahora, lo mismo que siempre, queda enpié la dificultad. ¿Semejante estado es de dolor ó de placer? Si es de dolor, ¿por qué no estalla el corazón? ¿por qué la frente no se abre? ¿por qué no saltan las pupilas? ¿por qué no sobreviene la muerte? Sin embargo, creo que debe causarlo el dolor, porque este estado sobreviene cuando se acaba de sufrir una pérdida irreparable, la de una madre por ejemplo; cuando las fuerzas de una voluntad poderosa no bastan á remover un grande obstáculo y se agotan contra la inflexibilidad del destino; cuando una ilusión acariciada, santificada y guardada

religiosamente, se convierte en un desengaño; cuando se ama sin esperanza, ó lo que es peor, con celos; cuando la riqueza pone su pié sobre la frente del genio y la deja marcada con la infamante herradura de su bota; cuando la astucia encadena al valor, reduciéndolo á la impotencia; cuando la hipocresía se sobrepone á la virtud; cuando se camina entre el lodo de los vicios mas infamantes, y no se encuentra modo de evitar su inmundado contacto; cuando el polvo de las pequeñeces y miserias humanas cae sobre la ropa, y no hay medio de preservarla; cuando la vida es un tormento y se piensa en la eternidad.

Oh! la eternidad del dolor! Esta idea produce escalofrío. Sufrir hoy, sufrir mañana, sufrir despues que pase un año, despues que pasen diez siglos, cien siglos, mil siglos, un millon de siglos y siempre. Esta eternidad, esta horrible idea de la eternidad, es un tormento anticipado, es el suplicio de Sísifo lanzado á la humanidad entera desde los abismos del misterio. ¿Qué importa la vida, qué importa un año de dolor, un segundo de placer? En donde acaba la vida, empieza la eternidad; ese inmenso espacio sin horizontes que se prolonga, y se prolonga, y cuanto mas se anda mas se prolonga, porque no tiene fin; y el espíritu está condenado á recorrer este camino, como las hijas de Danao están condenadas á llenar una tinaja sin fondo. ¿Cuántas veces girará la tierra sobre sus ejes, si es que continúa existiendo la tierra, durante esta eternidad? ¿Cuántas veces harán los astros sus revoluciones? ¿Cuántas páginas añadirá cada pueblo á su historia? ¿Cuánto honor mundano aglomerará la perversidad? ¿Cuánta amargura irá bebiendo la desgracia? La eternidad no tiene fin, por lo tanto nada puede sujetarse á guarismo, peso ni medida. Todo será inmenso é innumerable, como es eterna la eternidad.

No sé si has tocado mi frente con las rosadas yemas de tus dedos, porque de improviso ha parado el hervor de mi pensamiento, como se para la péndola de un reloj al encontrar el mas leve obstáculo. La palabra eternidad, que me espantaba un momento antes, ha perdido su fatal significación, y se presenta ante mis ojos la eternidad del placer, rosada, fragante y risueña como una alborada de mayo. Placer y dolor hay en la tierra, placer y dolor en el seno de la eternidad; en esta última todo es eterno: luego en entrando en ella con destino al placer, trascurrirán esos millones de millones de siglos en un placer inalterable. La reflexion es oportuna, el raciocinio tiene una exactitud matemática; solo se necesita el talento necesario para penetrar por la puerta que conduce al placer eterno, y la eternidad es un jardín cuyas flores no se deshojan ni marchitan, cuyos árboles no pierden su verdor, cuyos aromas no se extinguen, cuyas fuentes conservan intacto su cristal, y cuyos pájaros trinan siempre sobre ramas siempre floridas. Ahora nos falta averiguar si hay realmente placer en la tierra.

Una estupidez fuera dudarle. Es claro, muchísimo mas claro que la luz del día, que existe el placer sobre la tierra. ¿No es un verdadero placer, grande, positivo y confortante, el que recibe un jugador de lotería cuando le cae el primer premio? Nadie dudará que es un gran placer. Es verdad que algunos se han muerto, y algunos mas se han vuelto locos al recibir la nueva de un fortunon inesperado; pero eso no importa, eso consiste en que el placer mata de placer, como el dolor da vida de dolor. Además de la lotería, ¿no hay vestidos nuevos que hacen bailar á una muchacha de contento, y bailes que permiten lucir los vestidos? ¿No hay cesantes que reciben nuevos destinos, y meritorios que llegan á escribientes, y solteritas y solteronas que encuentran un novio, y aun dos novios? Lástima grande es, sin embargo, que los vestidos se estropeen, que los bailes se acaben, que los cesantes vuelvan á serlo y que los novios no se casen. Esto último es altamente infame, altamente triste, altísimamente alarmante. Pescar un novio y no convertirlo en marido, es lo mismo que ver un pez que ha tragado el anzuelo, y que sin embargo se escapa llevándose el hilo y la caña.

A propósito de los novios, de los peces y de las cañas, ¿no basta para llenar el mundo de placer, el solo placer del amor? Indudablemente basta y sobra. ¿Cuánto placer destellan los rostros de esos dos ángeles de retablo, con faldas el uno y con pantalones el otro, que se dicen al oído cuanto han leído aquella mañana en *Estela y Nemo-oso*, *Maclovio* y *Federico*, ó en las letrillas de Melendez, como si no pudieran regalarse un ejemplar de cada obra! ¿Qué placer tan puro, tan santo, tiene ese hombre de cuarenta años, rico y gastado, que emplea su elocuencia en una jóven de diez y ocho, pobre y linda, con ánimo de seducirla; y qué placer tan puro y santo tiene esta jóven, forzando sus mas graciosas sonrisas, para ver si puede entrar en pacífica posesion y señorío de las riquezas de su opulento galanteador! ¿Qué placer tan grande experimenta esa niña, apenas muger, á quien casan con un viejo de setenta años, y cuántos placeres esperan al septuagenario señor! ¿Qué días, qué meses y qué años de placer trascurren entre las parejas destinadas á afectar esos matrimonios de conveniencia, que hace el interés de las familias! ¿Qué lluvia de placeres cae sobre esas mugeres que se venden, sobre esos hombres que las compran!

Perdona, ángel mio, si escribiéndote hablo del amor en los términos en que acabo de hacerlo. Yo respeto todavía muchísimo ese sentimiento, que ha sido, es y será siempre el móvil de las mas hermosas acciones, y si he hablado de él con irreverencia, ha sido porque me he ocupado del amor-placer, y el amor-placer es así, pequeño, grotesco, casi sucio; el amor-dolor es otra cosa. Si, ángel mio, las grandes pasiones, el amor que eleva y asesina, es una fuente inagotable de dolor; no derrama raudales frios que deleitan ó refrigeran, derrama torrentes de lava que dejan primero un ancho surco de fuego abrasador, y despues un rastro de ceniza. Solo puede profesarse grande amor á un objeto altamente digno, á un objeto que infunda tanto interés como respeto, cuya posesion se desee sin la esperanza de obtenerla, cuyas promesas estén escritas en una mirada, tan rápida, que sea necesario leerla mas en la memoria que en los ojos, que sea preciso recordarla como se recuerdan los círculos que ha trazado una piedra en un estanque, aun mucho despues de estar unida la superficie de las aguas.

Estos amores del pensamiento, que se comunican del corazón á la cabeza y de la cabeza al corazón, sin pararse nunca en los labios, son amores de dolor, y sufren todos los marti-

rios de los celos. Se tienen celos de cuantos hombres se acercan al objeto amado, y encomian estúpidamente esas perfecciones del cuerpo, que todos ven, pero que para el verdadero amante estan veladas bajo el resplandeciente manto de las perfecciones del alma, que él solo comprende y admira. Como está obligado á leer, ó mejor dicho, á sorprender sobre el espejo de los ojos alguna ligera señal de simpatía, tiene celos de todos los objetos sobre los cuales se fijan los ojos de su amada, sin hacer la menor diferencia entre un hombre, un libro ó una flor. Acostumbrado á pensar en ella siempre, á tenerla siempre delante, tiene celos de que ella hable, de que ella discorra, de que ella exista, porque esta existencia no le pertenece por entero. Y como este amor del pensamiento es mudo, ni puede ni quiere dar celos, los guarda, sí, los atesora, los condensa, y sirven de alimento á esa caldera de vapor que quebranta los huesos del cráneo, y que produciendo un dolor agudo, inmenso, sin embargo, no corta el alambre de la vida.

Ya ves, ángel mio, como hablo del amor con profundo respeto; pero para ello necesito ocuparme del amor grande, del amor-dolor, y olvidarme casi enteramente del amor llamado placer. Si prescindimos del amor y vamos recorriendo otras pasiones, siempre encontraremos que el dolor inclina la balanza, y podría decirse de uno y otro lo que se dice del calor y el frío; podría decirse que el placer es la ausencia del dolor, como es la ausencia del calor el frío. ¿Qué son los placeres de la vanidad comparados á los dolores del orgullo; qué los placeres de la riqueza comparados á los dolores de la miseria; qué los placeres del triunfo comparados á los dolores de la derrota; qué los placeres del aplauso comparados á los dolores de la censura; qué la satisfacción de la virtud comparada á los remordimientos del crimen? Dolor grande como los mares, profundo como los abismos, negro y callado como la noche, mueve sus alas colosales y toca los polos de la tierra; la humanidad gime bajo su presión sempiterna, y solo respira un momento cuando el batimiento de las alas deja un pequeño hueco al placer, para que el placer quede ahogado bajo el grave peso del dolor.

Este es mi mundo, á lo menos tal cual yo lo veo, y es un mundo bastante triste. Te lo pinto con los colores que lo ven mis ojos: si tú habitas un mundo mejor, si el placer lo cubre con sus alas, llévame á él, y yo te deberé, ángel mio, mi suprema felicidad. Estoy dispuesto á desprenderme del negro lodo que traba mis piés; buscaré un Jordan en que lavarlos, y antes de llamar á la puerta de tu paraíso, limpiaré mis vestidos y sacudiré mis sandalias. Viviendo entre hombres, no soy bastante fuerte para dejar de ser uno de ellos; viviendo entre ángeles, no soy bastante depravado para continuar siendo hombre. Yo atravieso precisamente la época de la vida en la cual se comprende muy bien que el día que pasa no vuelve, y siento mucho cada día de dolor que se coloca en el campo de la memoria. Sé por esperiencia que son desertores que se van formando á retaguardia, para herir al hombre por la espalda; y estas heridas son, á mas de mortales, deshonrosas. Dios hizo de barro al primer hombre para probar su omnipotencia; prueba tú la tuya haciendo un ángel de quien es so-

lamente

UN HOMBRE.

REVISTA DE TEATROS.

La representación de una obra dramática del señor Rubí, en el teatro del Príncipe, era un verdadero acontecimiento, y el público esperaba con ansia que llegara este día. Matilde Díez eligió para su beneficio el drama *La Estrella de las montañas*, que obtuvo un éxito favorable. El público llamó á la escena al autor y á los actores, arrojándoles muchas flores; pero si hemos de ser imparciales, el público iba muy confiado en el nombre del autor, y esperaba ver la mejor producción del señor Rubí. Fuerza es decir que *La Estrella de las montañas* no puede figurar al lado de las obras mas notables de tan distinguido escritor. Diremos algo sobre su argumento.

El duque de los palacios del Sil, enemigo del conde-duque de Olivares, tuvo que abandonar la corte, no pudiendo resistir por mas tiempo á la influencia del favorito; y separándose de su esposa, huyó á Galicia, donde se presentó bajo el nombre de D. Enrique, encontrando una favorable acogida en la casa de un anciano montañés, hombre rudo, pero de corazón hidalgo y de noble cuna. Tenía este una hija llamada Estrella, á quien por su hermosura, por su aspecto varonil y por su destreza en la caza, llamaban en toda la comarca *La Estrella de las montañas*. Aficionose la hermosa niña al supuesto D. Enrique, y este se enamoró de la jóven Estrella; pero el duque conoció que habia dado demasiada rienda á su pasión, y que no debía turbar la dulce tranquilidad de una alma tan tierna y tan candorosa.

Por esto se decidió á abandonar la casa de sus favorecedores y á comunicar á Estrella su resolución; pero esta que advierte su turbacion y que comprende su amor, procura tranquilizarle, y corre ella misma á pedir á su padre que autorice su enlace. El duque sufre horriblemente y teme desengañarla: para aumentar mas su pena recibe una carta de su esposa, en la que le participa que ha terminado la privanza de Olivares y que puede regresar á Madrid. Manda preparar inmediatamente los caballos y se dispone á partir; entonces se presenta el padre de Estrella y le participa que accede gustoso al enlace con su hija, manifestándose lleno de júbilo al darle tan grata nueva. El duque palidece, y le hace entender que no puede admitir la mano de Estrella. El noble viejo se encuentra burlado; pero le recuerda que aunque metido en aquellas breñas, es conde y lleva un apellido ilustre. El duque no se atreve á revelar su verdadero nombre, y se limita á manifestar lleno de pena que no puede admitir la mano de su hija.

El duque y el padre de Estrella se separan, y antes de partir aquel, entrega á una de las criadas un recuerdo de amor que habia recibido de su señora, encargándole que lo pusiera en sus manos. Estrella lo recibe, sabe que ha partido ya, y sube desfavorida á una de las rocas; desde allí puede verle, y le grita para que se detenga. Entonces pierde la razon, y en un momento de delirio se precipita desde la roca. Aquí concluye el acto primero.

El segundo tiene lugar en Madrid y en casa del duque. Este no ha podido resistir al exceso de su pasión, y se ha vuelto loco. Su esposa le ha oído pronunciar el nombre de Estre-

lla y recordando que así se llama una prima suya que residía en Galicia, donde se había refugiado el Duque, la hace venir á su lado, aprovechando la ocasion de haber muerto su padre y bajo el pretexto de que estuviese así mas acompañada. Viene efectivamente Estrella, seguida de su fiel criado Braña, viejo honrado que la vio nacer y que la quiere entrañablemente. La duquesa obraba hasta entonces por conjeturas, y deseando averiguar la verdad suplica á Estrella que la haga oír algunos de los cantos de su país. Esta se presenta á complacerla, y al escuchar su voz sale el duque desfavorido, y aquí tiene luego una escena terrible con Estrella.

La enfermedad del duque se agrava por momentos. La duquesa sufre tambien por los celos y se complace en anunciar á su rival que el duque ha muerto. Cae Estrella desmayada, y entonces concibe el horroroso proyecto de envenenarla, valiéndose de un pomito que lleva colgado de una pulsera. Va á consumir tan espantoso crimen, cuando se presenta el duque, y deteniéndola el brazo, la reconviene lleno de cólera, y la desventurada esposa cae desmayada á sus piés. Conducenla á su gabinete: Estrella vuelve de su desmayo, y tiene con el duque una escena llena de sentimiento, concluyendo aquella por decidirse á volver á su país. El duque se apresura á tranquilizar á su esposa, que sale en aquel momento, manifestándole que Estrella es inocente y pura, y que está resuelta á separarse de ellos; pero la duquesa está agitada, su pecho late con violencia; fija su vista en la pulsera, y viendo que está abierto el pomito que de ella pendía, llama á una de sus criadas. Ella había ocultado siempre que aquel pomito encerraba un veneno, y sabe entonces que han hecho uso de él para hacerla volver de su desmayo. Su muerte es inevitable, y cae en un sillón en medio de los mas agudos dolores. Sale Estrella para emprender su viaje, y solo tiene tiempo para recoger su último aliento. Despues de espirar la duquesa, Estrella y el duque se dan el último adiós, y aquí termina el drama.

El autor ha hecho de la duquesa una muger orgullosa y fría, tal vez con el objeto de que formara contraste con la inocencia y el candor de Estrella, y para que esta apareciese mas interesante á los ojos del duque; pero en nuestra opinion por mucho que se haya empeñado en recargar con una tinta sombría el carácter de la duquesa, como esta se presenta celosa desde la primera escena, y se ve claramente que aquella muger sufre y que tiene tambien derecho á quejarse, no inspira odio; y el único carácter que concluye por no interesar completamente al público, es el del duque, que despues de haber destrozado dos corazones, no se acerca siquiera á su desventurada esposa en sus últimos momentos.

Las principales situaciones del drama están en el tercer acto. La versificación es armoniosa y robusta. La ejecucion fué muy esmerada: Matilde Diez, como siempre, se hizo aplaudir. Romea estuvo sumamente acertado en el difícil papel del duque: hay un delirio demasiado largo, del que solo puede sacar partido un actor de su talento. Guzman fué tambien aplaudido en el papel de Braña. Luisa Yañez trabajó muy bien en el tercer acto, y el público recompensó á esta estudiosa actriz con un aplauso prolongado. Calvo y la Chafino desempeñaron muy bien su parte, que concluye en el acto primero.

En el teatro del DRAMA se puso últimamente en escena *El Trapero de Madrid*, á beneficio de la señora Campos. El papel de protagonista estaba encomendado al señor Arjona, el cual arrancó aplausos muy merecidos: tambien gustó mucho la beneficiada.

En EL CIRCO se ha repetido una zarzuela titulada *De este mundo al otro*, prima hermana de *Don Simon* y de la anterior *Por seguir á una muger*. Comprendemos muy bien que se ejecuten estas zarzuelas en dias de Navidad; pero ya que es un escritor el que dirige este teatro, debemos aconsejarle que procure economizar esta clase de espectáculos, admisibles en determinados dias, pero que repitiéndose con mucha frecuencia concluirán por estraviar al público. Si se tratara de otro teatro que necesitara de esos disparatones para llamar gente y asegurar su existencia, seriamos algo mas tolerantes; pero no debemos serlo con el coliseo del Circo, á quien favorece siempre un público escogido, y que no necesita de semejantes extravagancias para vivir con decoro.

En LA CRUZ se puso en escena la comedia *San Isidro Labrador*. Su argumento está reducido á presentar todos los milagros del *patron de Madrid*, adornándolos con una versificación armoniosa. Se puso muy mal en escena y fué peor representada.

En VARIEDADES se ha organizado una buena compañía, y en ella figuran la Juanita Samaniego y los señores Alverá, Noguera y Oltra. Ha dado principio á sus trabajos con una comedia original de D. Diego García Noguera, titulada *Los amores de la niña*. Su argumento es bastante sencillo; pero está escrita con soltura y obtuvo un éxito favorable. Esta compañía continuará probablemente trabajando durante el verano.

EL PRINCIPE terminará en fin de mes, poniendo antes en escena los dramas *Borrascas del corazon* é *Isabel la Católica*.

EL DRAMA concluirá probablemente el año cómico con dos piezas nuevas, titulada la primera *Un Capricho* y la segunda, *Odio y Amor*.

EL CIRCO continuará abierto hasta fin de junio.

Y en LA CRUZ quedará, durante los meses de calor, una parte de la compañía, bajo la direccion de D. Francisco Lumbreras, mientras Dardalla y la seccion andaluza parten en caravana á lucir sus habilidades á las orillas del Sena. ¡Pobre España!

M.

UNA AVENTURA NADA EXTRAORDINARIA.

¿Con que me lo juras, Matilde? ¿Irás mañana al baile del teatro Real?

—Sí, te lo prometo; pero te ruego que te retires. Podría pasar algun amigo de mi marido...

—Tienes razon, pobre ángel. Adios. No quiero que nos vean, para que no te espongas á las furias de ese vándalo, de ese monstruo, que tú con inesplicable dulzura llamas marido.

—Adios, adios.

Y al pronunciar estas últimas palabras, una jóven de semblante encantador alargó su blanca y diminuta mano á un mo-

zalbete de rizadas melenas y de fisonomía impertinente, con quien habia estado hablando largo tiempo, nada menos que en el punto mas céntrico de la capital, en la Puerta del Sol.

El jovencito apretó aquella mano querida con un entusiasmo digno en verdad de un amor menos culpable, y despues echó á correr precipitadamente, desapareciendo muy pronto por la calle de la Montera.

Matilde, que le habia estado siguiendo con los ojos, como recreándose en ver la agilidad de piernas de su almirado galan, dió un prolongado suspiro, y despues marchó á reunirse con una vieja de sucio aspecto que le servia de criada, la cual como muy experimentada en esta clase de lances, se habia escondido en un portal para no interrumpir con su presencia la conversacion de su señora.

Pero lo que no vieron ni los ojos avizores de la vieja, ni los amorosamente lánguidos de los dos amantes, nosotros lo observamos, gracias á esa cualidad omnipotente que tenemos los escritores, de poder ver todo cuanto se nos antoja, aunque para hacerlo tengamos que atravesar en un segundo millares de leguas. Vimos pues, fuerza será decirlo, á un hombre de pequeña estatura, de tez morena, de imponentes bigotes y de cejas arrugadas, que envuelto en una larga capa y recostado en la esquina de la calle de Carretas, no habia perdido de vista un solo momento á los dos amartelados pimpollos. Cualquiera lector, por torpe que sea, habrá encontrado en este personaje, grave é inmóvil como la estatua del Silencio, el tipo perfecto del marido, tipo que no ha perdido nada de su primitiva pureza, puesto que viene sucediéndose y conservándose invariablemente desde Adán hasta nuestros dias. Era efectivamente este ser de bigotudo semblante, un marido hecho y derecho; y como habrá supuesto ya el lector, era nada menos que el esposo de Matilde, de aquella niña recatada, modelo perfecto de fidelidad conyugal. El señor D. Valentin, que tal era el nombre del paciente marido, despues que vió desaparecer á su cara mitad, arrancó del pecho un prolongado suspiro, y despues fué despegándose poco á poco de la pared sobre la que estaba recostado. Luego echó á andar con lentitud por la carrera de San Gerónimo, diciendo entre sí:

—Casualidad, casualidad, mil veces te maldigo! Si tú no me hubieras hecho presenciar una escena tan terrible, yo no hubiera dudado jamás de la fidelidad de mi muger, por mucho que me hubieran dicho. Era preciso que sucediera lo que ha sucedido, que yo lo viera por mis propios ojos, para quedar convencido. ¡Oh casualidad, casualidad, maldita seas!

Y diciendo estas y otras cosas se entró por la calle del Leon, y llegó á la casa que habitaba, en donde ya le estaba aguardando su muy amada y querida esposa.

II.

—Dile á Beatriz que venga á verme á mi despacho, dijo D. Valentin al criado que le abrió la puerta de su casa.

Bueno será advertir al lector que Beatriz era aquella vieja remilgada, que *tan bien* acompañaba á su señora.

Algunos momentos despues, D. Valentin se encontraba en su despacho, recostado en un cómodo sillón, mientras que Beatriz, en pié delante de él, esperaba con humildad las preguntas que su señor tuviese á bien dirigirla.

D. Valentin rompió al fin el silencio.

—¿Sabe V., señora mia, dijo con gravedad, que he presenciado hoy una escena, capaz de hacer saltar al hombre mas cachazudo?

—Ruego á V., respondió ella, que tenga la bondad de decirme, qué tengo yo que ver con lo que V. pueda haber visto.

—En la escena de que he sido testigo, dijo D. Valentin con furor reconcentrado, ha representado V. un papel nada decoroso.

—Yo?

—El papel de segunda actriz, continuó él, el mas humillante, el mas indecente.

—Por Dios, señor, dijo Doña Beatriz con acento compungido, ¿es posible que haya V. tenido la desgracia de perder el juicio?

Al oír estas palabras se levantó D. Valentin furioso, y asiendo fuertemente á la vieja por el brazo derecho, y llevándola cerca de un balcon, la dijo con un acento de rabia indefinible:

—Oiga V., bruja maldita, ¿me querrá V. negar que mi muger no ha estado hablando de amores con un mozalbete, en la Puerta del Sol, mientras que V. para dejarlos mas á sus anchuras se habia escondido en un portal á cierta distancia de ellos?

Y así diciendo la estrujaba el brazo de una manera tan terrible, que la buena vieja en el entusiasmo de su dolor, no solo veia estrellas, sino tambien cometas barbatos y crinitos.

—Suélteme V. por piedad, gritaba Doña Beatriz, sintiendo aquella tenaza de hierro que le desgarraba la carne. No sabemos qué clase de reaccion se efectuará en D. Valentin, pero lo cierto es que abandonando su víctima y volviendo á sentarse en su sillón, sacó de su bolsillo con la mayor gravedad media onza de oro, en tanto que Doña Beatriz contemplaba con espanto las terribles huellas que habia dejado en su brazo la mano poderosa de su señor.

—Hablemos con calma, dijo en fin D. Valentin dando vueltas entre sus dedos á la moneda de oro; hablemos con calma, y veamos si conseguimos entendernos. La vieja por toda contestacion lanzó un profundo suspiro. D. Valentin continuó con la mayor calma:

—Es inútil que V. jure y perjure que no sabe nada de la escena á que me refiero. Como ya le dije á V., yo mismo la he presenciado, y los juramentos y las excusas no harian mas que exasperarme de nuevo. Ahora bien, si V. persiste en su negativa saldrá para siempre de mi casa y no muy bien parada, mientras que, si por el contrario, V. me dice todo cuanto sepa, no solo recibirá esta media onza como una pequeña muestra de mi agradecimiento, sino que podrá contar en adelante con mi aprecio y mi proteccion. Entre estos dos extremos, escoja V. el que mejor le plazca. La vieja, que todavia esperaba algun otro acceso de la justa cólera de su amo, vió el cielo abierto cuando le hicieron una proposicion tan ventajosa. Así es que con voz débil y un tanto agitada por la lucha que habia sostenido:

—Puede V., respondió, preguntar cuanto le parezca.

D. Valentin entonces, revistiéndose de una majestad in-

creible, comparable solamente con la que pudiera afectar un magistrado sordo al interrogar á un criminal, se dirigió á la dueña dolorida, que permanecía inmóvil como aguardando resignadamente la notificacion de su sentencia.

—¿Cómo se llama, preguntó, el jovencito de rizadas melenas que estaba hablando con mi muger?

—Yo le conozco bajo el nombre de D. Paquito, contestó la vieja.

—Su apellido, su empleo?

—Nada sé, y creo que la señora no está mas adelantada que yo con respecto á la vida de D. Paquito.

D. Valentin permaneció en silencio algunos momentos; luego continuó:

—¿Hace mucho que ese mequetrefe galantea á mi muger?

—El dia 28 de diciembre le dirigió la primera carta amorosa.

(Continuará.)

VICENTE RODRIGUEZ VÁRO.

Un drama en el océano Pacífico.

Mr. Benjamin Boyd, uno de los abonados á la bolsa de Londres, se habia retirado de los negocios, y mandó construir un *yacht*; le armó con cinco cañones y tripulándole con seis hombres, se hizo á la vela para dar la vuelta al mundo. Este *yacht*, llamado el *Waudeser*, estuvo últimamente en San Francisco, desde donde marchó para Sidney en la Australia. Al pasar cerca del grupo de las islas Salomon en el océano Pacífico, Mr. Boyd tuvo la desdichada idea de saltar en tierra en la isla Gandaleanar, situada por 9°, 40' latitud S., 119°, 50' 15" longitud E. para cazar algunos pájaros. El *Waudeser* echó anclas el martes 14 de octubre último á las tres de la tarde, en una pequeña bahía al S. E. de la isla. Durante la tarde aparecieron muchas canoas que venian costeano, y se volvieron al ponerse el sol. La noche, dice el diario del barco, se pasó tranquila. Al dia siguiente por la mañana muy temprano volvieron las canoas; no llevaban ningun objeto de cambio, ni tampoco parecia que tenían armas.

A las seis y media Mr. Boyd salió en la chalupa acompañando solo de un indio que se habia embarcado en la isla Océano. La tripulacion del *yacht* vió entrar á la chalupa en una pequeña embocadura y desaparecer detrás de una gruta de tierra sobre la que habia un gran número de indios. Poco despues se oyó un tiro, y á eso de las siete se oyó otro. Sin embargo no hubo cosa alguna extraordinaria que alarmase al equipaje. Pero despues del mediodia, los salvajes, blandiendo sus lanzas y dando el ronco grito de guerra, vinieron en multitud de canoas, con ánimo de apoderarse del *yacht*. No quedaban á bordo mas que cuatro hombres, que se apresuraron á preparar sus medios de defensa y tiraron varios tiros con los fusiles; pero viendo que los salvajes continuaban aproximándose á pesar de que habian muerto algunos, dispararon los cañones cargados de metralla. Solo despues de muchas descargas, y cuando vieron varias canoas hechas mil piezas, fué cuando se retiraron á tierra los indios.

Al dia siguiente dos marineros se embarcaron en un bote para ir á buscar á Mr. Boyd, ó traer sus restos si acaso habia muerto; pero no encontraron mas que señales indudables de que habia sostenido una lucha cuerpo á cuerpo en cuanto puso el pié en tierra. Todas las pesquisas fueron inútiles. No se encontró el cuerpo de Mr. Boyd, ni el de su compañero, ni cosa alguna de su pertenencia. Se supone que estos dos desgraciados han sido sacrificados por la voracidad de los salvajes.

MÁQUINA PARA PICAR TABACO (1).

Esta máquina, que se dice de la invencion de A. P. Finch, parece que reúne á la sencillez de su construccion, la perfeccion posible del trabajo. Sobre el soporte A, y su igual al otro lado del aparato, se sostiene el eje de las ruedas BB, en las cuales está fijo el cuchillo C. E es el labio de la caja, debajo del cual se comprime el tabaco por medio de los cuatro tornillos F F F F. Como es necesario que el tabaco esté bien apretado contra una base sólida, la máquina tiene dos barras que atraviesan la caja y estan sujetas á la accion de las tuercas de dichos tornillos, en la tapadera E, y hay encajes á los lados de la caja para que dichas barras desciendan á medida que se aprietan los tornillos. H es una rueda dentada en contacto con el tornillo L, al cual mueve hacia adelante ó hacia atrás. En el extremo de este tornillo que entra en la caja, hay una plancha que empuja al tabaco hacia fuera, de suerte que siempre presente una misma cantidad al filo del cuchillo. N es una rueda volante que gira sobre el mismo eje que la del cuchillo de revolucion; y la rueda que se ve á la izquierda de este, es para una correa que comunique el movimiento. La rueda dentada F, que está en el extremo izquierdo de la máquina, se mueve por una rueda de roscas J, que apenas se ve en la lámina por estar debajo de la caja. K es una serie de ruedas ó poleas en el mismo eje de la rueda J, para mover dicho eje, de manera que el tornillo puede ir hacia atrás ó hacia adelante, según la colocacion de las correas. El mango que se ve en el extremo del tornillo, es únicamente para ver la direccion en que se mueve.

No recordamos si las máquinas que con igual objeto se emplean en la isla de Cuba son precisamente del mismo mecanismo que esta; pero las que hemos visto en otros puntos de España, en las fábricas del gobierno, se diferencian de ésta, si mal no recordamos, pues estan colocadas en una columna vertical. De todos modos, no creemos inútil dar noticia de la presente, por si fuere mas perfeccionada que las ya conocidas en dichos países y en la América Meridional.

LAVADEROS DE ORO.

La flamante diosa que actualmente preside á todas las invenciones peregrinas, pues no hay una que no sea inspirada por ella, desde los botes de salvamento de guta percha, botas de idem, sombreros, armas de todas clases, etc., hasta los vapores aéreos; la dorada, la refulgente California, queremos decir, ha inflamado á los maquinistas necesitados ó ambicio-

(1) Véanse los grabados en el número anterior.

...sos, á tal punto, que cada nuevo día es una nueva inundación de máquinas para cuantos menesteres verdaderos ó ideales ocurran en aquellas felices regiones. Así que dentro de poco no han de necesitar los californianos sacar las manos del bolsillo para llevar la comida á la boca, pues algún nuevo aparato se encargará de ese, como de otros movimientos y trabajos.

Entre esta multitud de invenciones, llama naturalmente la atención antes y primero que ninguna, aquella por cuyo medio se obtiene el objeto precioso que ha de recompensarlas todas. Vamos pues á presentar á nuestros lectores dos de las máquinas más celebradas por su eficaz operación en la extracción y lavado del oro.

El primer grabado representa un aparato que, según tenemos entendido, fué inventado para la pesca de ostras; pero ha avanzado en posición y elevándose á la brillante categoría de lavadero de oro, en cuyo empleo no sabemos si logrará más crecidos gajes que en el anterior. Pero ello es que el inventor, M. Glenn, cree que es sumamente á propósito para recoger el oro del fondo de los ríos de California, y nosotros, sin poner esto en duda, creemos que no es menos eficaz para sacar la plata del fondo de muchos bolsillos, que corren también presurosos al mar del desengaño.

Examinemos la estructura de la máquina, y veamos que en efecto, si aquellas corrientes se deslizasen sobre lechos de auríferas arenas, solo á nuestra voluntad podríamos culpar de no formar en cosa de algunas horas una nación de Cresos.

Sobre una balsa A, que es el sosten de toda la máquina, descansa un gran receptáculo en figura de brocal ó cerco B, que tiene cinco piés de ancho y diez y ocho pulgadas de alto; después de esto hay trazado un camino C, bien para caballo ó para cualquier otra potencia que mueva las flechas ó barras FF, que son radios del círculo, y están aseguradas en el centro con la barra vertical E. Esta no puede moverse, pues la sujeta un eje vertical al fondo del receptáculo y otra que entra en una barra que está en lo alto, y en dirección longitudinal. Las arenas de donde se ha de separar el oro, se recogen con el cucharón O, y se echan en la especie de tolva L, que tiene un conducto en su base para que la arena, después de atravesar un tamiz ó cedazo que hay en la tolva, pase al gran receptáculo circular B, donde los raspadores G mueven continuamente las arenas y las lavan perfectamente. Para este intento el lavadero recibe el agua por medio de las bombas HH, cuyos émbolos trabajan movidos por las barras JJ, unidas á las cadenas TI, que pasan por las poleas que tiene cada bomba. Cuando las barras FF se ponen en movimiento, lo reciben también de ellas las barras de suspensión, y estas levantan los émbolos de las bombas, que después vuelven á caer por su propia gravedad. Del mismo modo comunican las grandes barras el movimiento á los raspadores que se ven en G, que agitan continuamente el gran depósito. También la tolva tiene un movimiento de trepidación que le dan las barras FF, para hacer saltar las partículas gordas, piedras pequeñas, etc. El cucharón de palanca O, está suspendido y se mueve por medio de una armazón giratoria compuesta de dos palancas angulares N, que giran sobre ejes en el extremo de la balsa A, y le hacen subir y bajar las cadenas ó cuerdas que pasan por las poleas que se ven á la derecha de la figura. Cuando el oro está bien lavado, se pasa y remueve bien en el receptáculo D, lleno de mercurio, y se vuelve á lavar en él con agua, para efectuar la amalgama de ambos metales, que luego se separan por los métodos conocidos.

Hasta aquí la descripción de esta primera gran máquina de pescar oro; la segunda no tiene tan-



Modas.

tas pretensiones; se contenta con lavarlo, sin meterse en averiguar cómo se pescó.

Así es que su construcción es tan sencilla y su bulto tan pequeño, que bien puede servir de adorno á las espaldas de más de un aventurero, entre el rifle, el azadón, el saco y las demás baratijas que le suelen acompañar.

Este lavadero no es otra cosa que una vasija de la figura de un medio cilindro, con cuatro ó cinco canales para que el oro vaya cayendo despacio, mientras que la arena y agua sucia salen por D. B es una lámina de latón horadada, que tiene la mitad del ancho de la vasija, y que se mueve á un lado y á otro por medio de la cigüeña que tiene á uno de los extremos. La parte anterior del cubo ó vasija se llena de agua, y el depósito de oro va cayendo en la lámina que empieza á cernirlo haciéndole entrar por los pequeños agujeros y caer en el fondo de A por los canales, en donde las partículas finas se separan de los depósitos de arena, etc., los cuales con el agua sucia salen por D, mientras se recogen las pepitas de oro.

Con esta máquina, dice el inventor, un hombre puede trabajar por sí solo y hacer más obra que tres ó cuatro con máquinas más complicadas.

la cafetera y de las tazas con armonía y elegancia. La casa de Grainger, de Worcester, pasa, con justo título, por uno de los establecimientos que con dicha sustancia ha ejecutado verdaderas obras artísticas.

VINAGERA.

En la Exposición de Londres se han visto muchos objetos y ornamentos de iglesia, en una vidriera de M. Villemsens, fabricante de París. Damos en este número el grabado de una vinagera con su platillo. Las obras que salen de dicha fábrica son notables por su ejecución, pues siempre revelan un pensamiento artístico en sus pormenores.

Las fábricas de bronce prosperan mucho en Francia, y el trabajo del plaqué se va perfeccionando de un modo increíble. La gran ventaja de este trabajo es presentar obras de muy buen gusto al alcance de todas las fortunas.

El fin de M. Villemsens es que se generalice el uso de los objetos destinados al culto religioso, de la materia más propia para su brillo, y en armonía con las facultades de todas las parroquias.

COFRECILLO PARA ALHAJAS.

Este mueble elegante y sencillo fué espuesto en el Palacio de Cristal por Juan Martien Levien, antiguo ebanista de Barth, en la Pomerania. Es de madera de tulipero ó tulipífero, árbol grande del Canadá, y está adornado con dibujos de oro molido, é incrustado de porcelana de Sevres.

JOVEN INDIA COGIENDO UNA PLANTA CONSAGRADA.

Esta pequeña estatua revela en su actitud, en la expresión llena de sentimiento que puede leerse en sus facciones, el sello de esas piadosas inspiraciones, á las cuales sirve la India de cuna. Preciso es convenir en que la conquista de los ingleses, de aquellas apartadas comarcas, ha hecho un gran servicio á los poetas y á los artistas.

La jóven india coge una planta sagrada, la *sarcostema viminalis*, á la cual atribuye la superstición propiedades maravillosas.

Este trabajo ha salido de los talleres de MM. Hunt y Roskell, de Londres, y no sorprende su perfección, si se tiene en cuenta la fama de tan acreditados escultores.



HISTORIA DE FRANCIA,
POR ANQUETIL,
continuada por Sarrut.

Van publicadas 64 entregas con 384 grabados; faltan 9, de las cuales se darán 4 gratis.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PICTORICO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrez, 26.

EXPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

RELOJ DE MM. HOWELL.

Aunque el asunto que representa este trabajo es algo común, debemos reconocer que á su ejecución ha presidido el mayor esmero y muy buen gusto.

Encima del cuadrante se ven unos bajo relieves representando las estaciones del año, y en cada lado grupos de mugeres: la Infancia, la Juventud, la Edad madura y la Vejez.

Remata la composición una corona de flores sostenida por otras dos: la tercera rodea el cuadrante.

El zócalo está demasiado unido y no corresponde á lo restante del dibujo. Por lo demás, ya lo hemos dicho, la ejecución de este reloj es de un mérito sobresaliente.

SERVICIO PARA CAFÉ.

En nuestro último número ofrecimos los grabados de unos jarrillos hechos con una sustancia llamada *septaria*, recientemente descubierta en la isla de Wight: con la misma materia se ha ejecutado el servicio para café, que hoy presentamos.

Es una imitación de la antigua porcelana de china azul, entrelazada con muchas espigas de trigo, que figuran alrededor de

la cafetera y de las tazas con armonía y elegancia. La casa de Grainger, de Worcester, pasa, con justo título, por uno de los establecimientos que con dicha sustancia ha ejecutado verdaderas obras artísticas.

VINAGERA.

En la Exposición de Londres se han visto muchos objetos y ornamentos de iglesia, en una vidriera de M. Villemsens, fabricante de París. Damos en este número el grabado de una vinagera con su platillo. Las obras que salen de dicha fábrica son notables por su ejecución, pues siempre revelan un pensamiento artístico en sus pormenores.

Las fábricas de bronce prosperan mucho en Francia, y el trabajo del plaqué se va perfeccionando de un modo increíble. La gran ventaja de este trabajo es presentar obras de muy buen gusto al alcance de todas las fortunas.

El fin de M. Villemsens es que se generalice el uso de los objetos destinados al culto religioso, de la materia más propia para su brillo, y en armonía con las facultades de todas las parroquias.

COFRECILLO PARA ALHAJAS.

Este mueble elegante y sencillo fué espuesto en el Palacio de Cristal por Juan Martien Levien, antiguo ebanista de Barth, en la Pomerania. Es de madera de tulipero ó tulipífero, árbol grande del Canadá, y está adornado con dibujos de oro molido, é incrustado de porcelana de Sevres.

JOVEN INDIA COGIENDO UNA PLANTA CONSAGRADA.

Esta pequeña estatua revela en su actitud, en la expresión llena de sentimiento que puede leerse en sus facciones, el sello de esas piadosas inspiraciones, á las cuales sirve la India de cuna. Preciso es convenir en que la conquista de los ingleses, de aquellas apartadas comarcas, ha hecho un gran servicio á los poetas y á los artistas.

La jóven india coge una planta sagrada, la *sarcostema viminalis*, á la cual atribuye la superstición propiedades maravillosas.

Este trabajo ha salido de los talleres de MM. Hunt y Roskell, de Londres, y no sorprende su perfección, si se tiene en cuenta la fama de tan acreditados escultores.